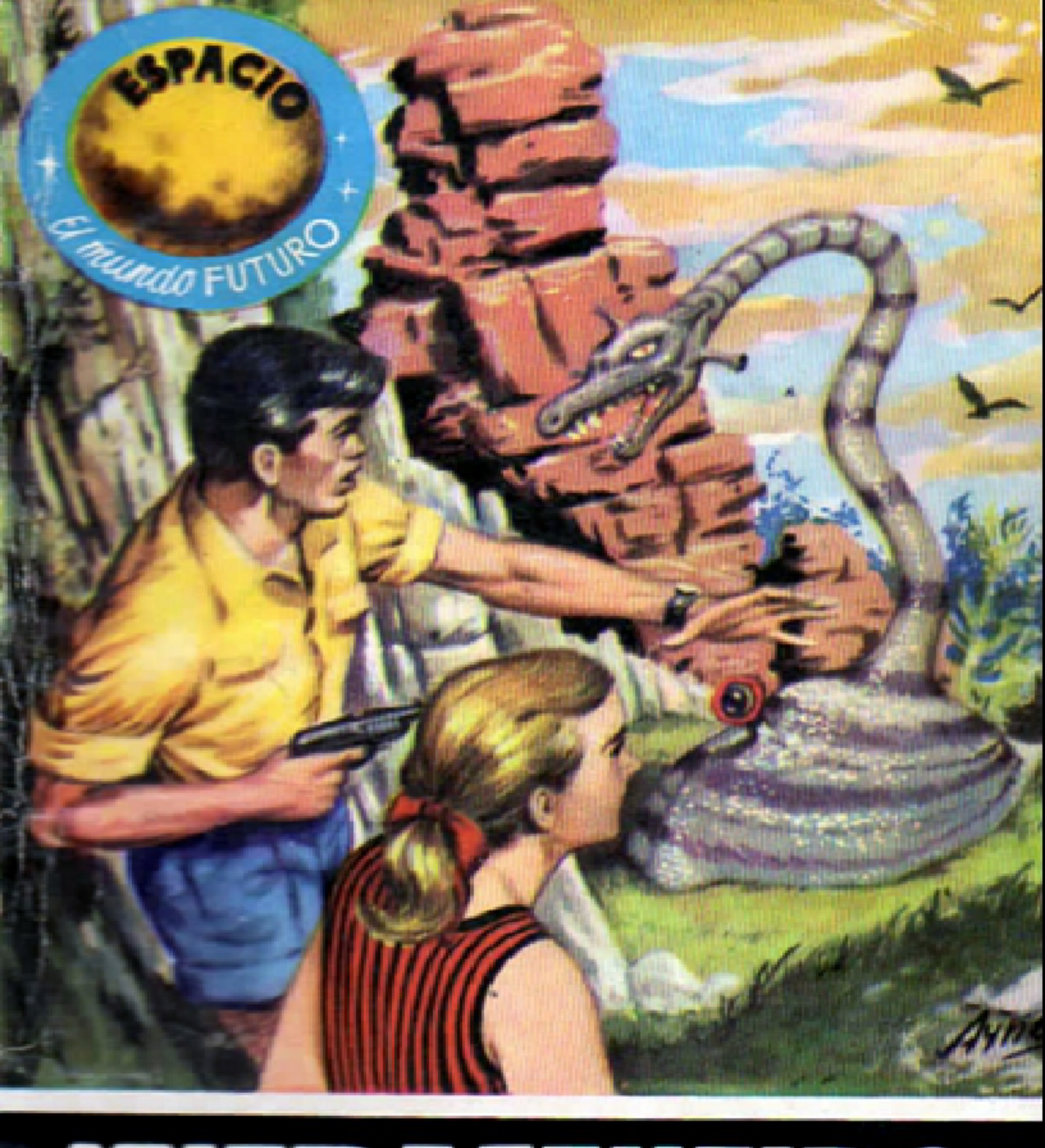


INFRAMUNDO

CLARK CARRADOS

Inframundo

Clark Carrados

El Mundo Futuro/206

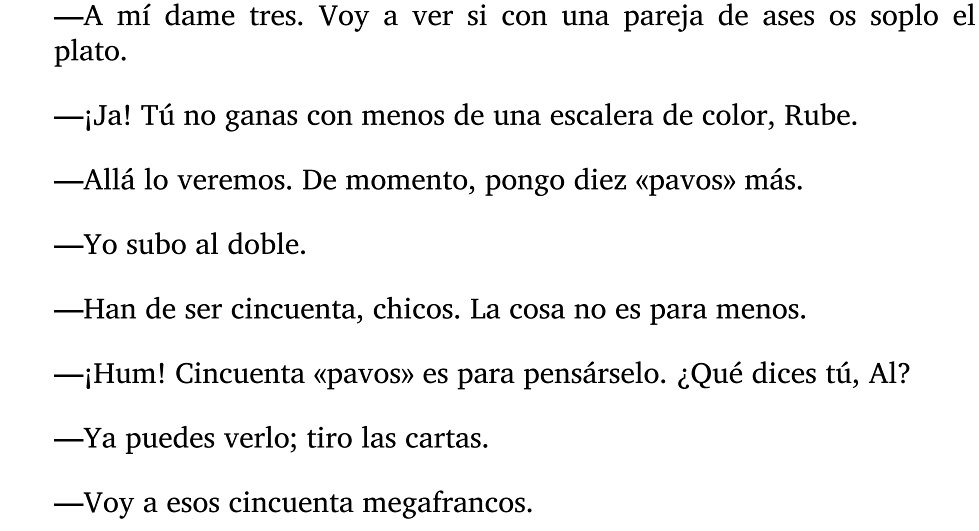
CAPÍTULO PRIMERO

—¿Cartas?

—Dos, Mike.

—Yo una.

—Yo estoy servido.



—A mí dame tres. Voy a ver si con una pareja de ases os soplo el plato.

—¡Ja! Tú no ganas con menos de una escalera de color, Rube.

—Allá lo veremos. De momento, pongo diez «pavos» más.

—Yo subo al doble.

—Han de ser cincuenta, chicos. La cosa no es para menos.

—¡Hum! Cincuenta «pavos» es para pensárselo. ¿Qué dices tú, Al?

—Ya puedes verlo; tiro las cartas.

—Voy a esos cincuenta megafrancos.

—Y yo también, ¡qué demonio! Aunque no sea más que por curiosidad.

—Está bien, chicos; satisfaré vuestra curiosidad. Salvo opinión en contrario, mi jugada es un lindo trío de reinas.

—¡Maldición! Nos ha ganado, Mike.

—Ya puedes verlo. Reparte, Rube.

Rube empezó a dar cartas, al mismo tiempo que hacía un comentario.

—Bueno, que me ahorquen si un día me hubieran dicho que acabaría jugando al póquer en este maldito pedrusco helado que es Plutón. Y total, ¿para qué, queréis explicarme? ¿Cuántas quieres, Mike?

—Una sola. Tengo unas hermosas dobles parejas...

—Toma, tu carta. Pues sí, chicos. Como os iba diciendo, aquí la vida carece de alicientes. Se mantiene un observatorio que no observa nada, una red de detectores que no detectan un pollo asado a dos metros de distancia y... ¿Otra vez te lo llevas, condenado?

—Mi escalera no era de despreciar, amigo. Pero, sigue, sigue con tu discurso; está la mar de interesante.

—Dijeron que iban a enviar más gente. Prospecciones metalíferas, o algo por el estilo. Aquí nadie viene, ¿quién, sino unos chiflados como nosotros se atrevería a hacerlo? En conjunto, una docena de aspirantes al diván del psiquiatra y total, ¿por qué?

—En interés de la ciencia, claro.

—¡Narices! En interés de los tres mil trescientos megafrancos que cobras todos los meses. Bueno, que te depositan en un banco, allá, a seis mil millones de kilómetros de distancia, pero que tú no ves, por supuesto...

—¡Oye, oye, Rube! —exclamó uno, alarmado—. Ya sabemos que estamos jugando a base de vales, pero...

—Si lo dices por mi firma, la reconozco allí donde la estampe. ¿Quieres además que imprima la huella de mi pulgar?

—Está bien, está bien, no te enfades. Era sólo un comentario. ¡Eh, tú, pasmado, que te he pedido dos cartas! Si con este trío no me pongo a nivel...

—¿Y qué más, Rube? ¿Por qué no terminas tu discurso?

—Pues no hay ya mucho más que decir, excepto que ya nos hemos visto las películas siete veces al menos y que las cintas grabadas con música no se oyen ya de tanto que las hemos pasado. Tú me dirás si el panorama no es como para derramar más lágrimas que la Magdalena.

—¿Por qué no sales a esquiar? La gravedad es muy parecida a la terrestre y el ejercicio es...

—El único ejercicio que a mí me gusta es el de mover las mandíbulas y estirar las piernas en la cama. Todo lo demás...

—Pues ahora las moverás, pero hacia arriba, Rube. Es la hora de que releves a Pinelli.

Rube se puso en pie, arrojando sus cartas con desdén. Recogió las fichas y dijo, desdeñosamente:

—Luego ajustaremos las cuentas. ¡Relevar a Pinelli! ¡Puah! ¿Y para qué, quieres decirme?

—Para dejar de oír el maldito chirrido de tu voz —dijo alguien, provocando un alud de risas.

Sujetando un cigarrillo con los labios, Rube arrojó una venenosa mirada al que había hablado.

Luego se encogió de hombros. Dio media vuelta y salió.

Al final del corredor contiguo, a ambos lados del cual se veían las puertas de los habitáculos destinados a los componentes de la base, se divisaba una escalera de caracol, por cuyos peldaños trepó pausadamente Rube.

Dos pisos más arriba llegó a una amplísima estancia de unos cincuenta metros de lado, llena de instrumentos científicos de todas clases, incluyendo potentes telescopios que podían enfocarse a todos los puntos del universo.

La estancia estaba recubierta por una cúpula semiesférica, de tal transparencia, que daba la sensación de no existir y se hallaba, como el resto de los edificios de la base, en la cúspide de una montaña, no porque se hubiese buscado una mayor rarefacción de la atmósfera, que en realidad no existía, sino porque de esta forma se divisaba un mayor panorama. La instalación había sido costosísima, sin que, aparentemente, hubiera justificado hasta el momento los millones de megafrancos invertidos en su construcción.

Arrojando sendas columnitas de humo por las narices, Rube se acercó al observador de guardia. Lo miró un momento y luego, sonriendo perversamente, miró en torno a él.

Procurando no hacer el menor ruido, Rube se acercó a una papelera, en donde había una bolsa de liviano plástico. La hinchó con todo el aire de sus pulmones y luego, acercándose al durmiente, la golpeó con fuerza.

Pinelli saltó de su asiento, despavorido.

—¡Eh! ¡Oh! ¿Qué sucede?

Rube le zarandeó por un hombro.

—Lárgate.

—No me gusta que me gastes esas bromas, Rube —dijo el italiano con el ceño fruncido.

Rube se arrellanó en el cómodo sillón ocupado hasta entonces por el otro observador.

—Peor sería que diera cuenta al doctor Pfalz. Te pondría una multa de doscientos cincuenta megafrancos por haberte dormido durante tu turno de observación.

—Está bien. Supongo que, encima, tendré que agradecértelo, ¿no?

—Justamente. Y ahora vete; me molestas.

Echando mil pestes y maldiciones, Pinelli se retiró, refunfuñando entre dientes. Rube quedó allí, ahora mordisqueando distraídamente un palillo y pensando en lo que haría en los tres meses de vacaciones con los más o menos cuarenta mil megafrancos que habría ahorrado durante su servicio de un año en Plutón. «Con permiso de las escaleras de color», pensó, empezando a adormilarse.

Pasó un buen rato. De vez en cuando, Rube arrojaba una lánguida mirada a los instrumentos que tenía ante sí, entrecerrando los ojos después y pensando con voluptuosidad en los tres meses de descanso que le aguardaban, para los cuales ya faltaban menos de cinco semanas. Claro que había que contar con el lento y fastidioso viaje hasta la Tierra, en la astronave de suministros, un carguero espacial que se detenía en todas las estaciones del trayecto.

Pero al menos, así conocería gente nueva. Y a veces, se tenía suerte. En su anterior viaje había conocido a la teniente navegante, Irina Kirilovna, que era guapísima y que… Si ahora la volviera a ver…

Súbitamente, algo llamó su atención. Una diminuta lamparita roja empezó a oscilar.

Parpadeó unos instantes; después se puso en pie de un salto.

Sus manos volaron frenéticas por el cuadro de instrumentos del equipo. Luego, arrojó una escrutadora mirada hacia el exterior.

La luz que se proyectaba de la cúpula era apenas suficiente para alumbrar las gigantescas antenas de radio y radar, construidas especialmente para soportar el pavoroso frío del espacio. La rejilla del radar giraba monótonamente, enviando sus haces de ondas a decenas de millones de kilómetros de distancia.

Los ojos de Rube volvieron de nuevo a la pantalla de radar. No, no cabía la menor duda. Había «algo» que volaba por el espacio y además… viniendo «desde el exterior del sistema».

La frase «increíble pero cierto», tenía una completa aplicación en aquel caso. «Algo», surgiendo desde la negra profundidad de la Galaxia, se acercaba al sistema solar. Los cálculos no fallaban.

Rube vaciló mi segundo, sólo un segundo. Frente a él había un botón rojo, del cual se habían reído infinidad de veces. «¡Vaya unos tíos aprensivos los ingenieros! Como si alguien pudiera venir de otros mundos…»

Pero ahora venían, fuera quien fuera. Y a una velocidad que causaba vértigo.

Dio media vuelta a la llave que aseguraba el botón rojo contra una posible involuntaria presión y luego empujó el dedo índice a fondo.

El estridente sonido de un claxon se dejó oír en todos los rincones de la estación. El profesor Pfalz, jefe de la misma, dejó el libro que leía y levantó la vista mecánicamente hacia el techo.

Los jugadores suspendieron la partida, mirando de modo instintivo hacia el techo. Tchako, el amanuense-cocinero, se olvidó de los huevos que estaba friendo y miró hacia arriba.

Esto duró sólo unos instantes; después, los once miembros de la base

se atropellaron en su afán por alcanzar la escalera de caracol.

Pfalz se abrió paso por entre el círculo de interesados espectadores que contemplaban las luminosas manchitas de la pantalla de radar.

—¡Cielos! —exclamó uno—. ¿Es posible tanta velocidad?

Pfalz no hizo ningún comentario, limitándose a morderse los labios.

Al cabo de unos segundos, dijo:

—¿Novanik?

—Sí, señor —respondió el interesado.

—A su sitio. Observe atentamente y comunique.

—Sí, señor.

Novanik corrió hacia una escalera que le condujo a siete metros sobre el nivel del suelo. Se caló unos auriculares y empezó a pedir la posición de los objetos detectados, tras de lo cual, sentado en su sillón, maniobró en los mandos del enorme telescopio del que estaba encargado.

—Radiofonista, consígame comunicación con la estación inmediata.

—Sí, señor. Al instante.

—Pinelli, suba al telescopio y acople una cámara cinematográfica.

—Al momento, doctor.

Las órdenes de Pfalz eran tajantes y contundentes. La obediencia era absoluta y disciplinada. Nadie ejecutaba un movimiento en falso ni que no estuviera previsto.

Mike tenía a su cargo los servicios radiofónicos. Alargó un micrófono colgante al profesor y un par de auriculares

—«Rata Verde» al habla, señor.

—Gracias, Mike. ¿«Rata Verde»? Aquí «Zorro Tonto». Mensaje urgente, para ser transmitido con prioridad.

—Aquí «Rata Verde». Hable, «Zorro Tonto».

Los de Plutón estaban muy enfadados con el nombre que le había sido asignado a la estación en el sistema de claves. «Si se es zorro, no se puede ser tonto, decía Rube, muy enojado, y sin embargo, nosotros lo somos».

—Entendido, «Zorro Tonto» —dijo «Rata Verde», situado a unos mil quinientos millones de distancia, en Tritón, el satélite de Neptuno—. Transmito su mensaje. Siga observando.

—De acuerdo y gracias «Rata Verde».Cierro.

Un momento después, Pfalz llamaba a Pinelli.

—¿Consiguió el film?

—Esos objetos vuelan demasiado rápido para poderlos fijar en el celuloide de una manera positiva.

—Bien. Sea lo que sea, revele el negativo. Saque dos copias; una que nos quedaremos y otra que remitiremos por ultrafoto a «Rata Verde» para que la retransmita.

—Sí, señor.

La película no reveló gran cosa, a pesar del enorme aumento del telescopio al cual había sido acoplada la cámara. Sólo se veían tres puntos luminosos, que muy bien hubieran podido ser confundidos con sendas estrellas, a no haber sido por la peculiar formación en que volaban y por la misma rapidez de su marcha, que los mostraba desplazándose por el cielo vertiginosamente, en comparación con la inmovilidad de los astros.

«Rata Verde» transmitió su mensaje, el cual fue comunicado de estación en estación. Al fin llegó a «Sitting Bull» (Toro Sentado), estación situada en la base del Monte Pico, en la Luna.

El mensaje extractado era el siguiente: «Tres OVNI[1] se dirigen hacia la Tierra, aparentemente, procedentes de un punto situado en la dirección de Vega, de Lira. Distancia a la estación («Zorro Tonto»): 6 millones de kilómetros. Velocidad: un millón quinientos mil a la hora. Identificación y detalles: casi imposible a causa de la velocidad. Se cree, no obstante, que se trata de naves extrañas. El radar refleja la presencia de masas metálicas en las mismas. Intenciones: desconocidas. Fin del mensaje.»

—Intenciones: desconocidas —dijo el general Carrier, jefe de los

servicios de detección del planeta. Luego miró a su ayudante, el coronel Shinley—. Consígame comunicación de prioridad absoluta con todos los puestos superficiales de detección.

Cinco minutos más tarde, el general Carrier hablaba por el teléfono y su mensaje era recogido por cincuenta o sesenta estaciones repartidas por toda la redondez del globo. Por cortesía se transmitió a la Liga Oriental, cuyo jefe de observadores agradeció el mensaje, sin agregar ningún comentario.

Las estaciones de detección montaron, a partir de aquel momento, una guardia permanente. Incluso los miembros fuera de servicio se pegaron a los instrumentos. La noticia de que unos aparatos que volaban a millón y medio de kilómetros a la hora era realmente sensacional y merecía la pena ser el primero en captar sus imágenes en las pantallas propias.

«Lazo de Púrpura», instalado en Ariel, satélite de Urano, captó el paso de las tres naves seis días más tarde de la primera llamada de alarma, pero como su antecesor, «Zorro Tonto», no pudo sino filmar unas imágenes que apenas podían detallarse en el celuloide. Sin embargo, captó la presencia de metal en aquellos cuerpos extraños que navegaban a tal velocidad.

—Esto es algo inaudito. Millón y medio a la hora es una velocidad jamás alcanzada por ninguna de nuestras naves. La más rápida se supone que llega al medio millón, pero nadie, sin embargo, se ha atrevido a hacer la prueba. ¡Y éstas vuelan tres veces más rápido!

Shinley asintió. El general tenía toda la razón. En menos de una semana, las naves habían recorrido casi la mitad del espacio que hay entre Plutón y la Tierra. No era aventurado, pues, suponer, que su llegada se produciría al cabo de unos ocho días como máximo.

Dos más tarde llegó una noticia un tanto perturbadora.

Procedía de «Platos Rotos», la estación situada en Ganímedes, el tercer satélite de Júpiter.

—Los OVNI han reducido su velocidad. Vuelan a un millón doscientos cincuenta mil a la hora. Su rumbo sigue siendo el mismo.

—Están decelerando —dijo el coronel.

—Lo cual confirma nuestras suposiciones, Shinley.

—Exactamente, señor. Esos OVNI proceden de…

—Sí, señor. Aunque me temo que no se verá mucho.

Sonó el intercomunicador.

—Mensaje de «Vaca Rubia», señor.

—¿Que dice «Vaca Rubia»?

—Los OVNI han reducido su velocidad a novecientos mil, señor.

—Gracias —dijo Carrier, mirando hacia la gran carta estelar que cubría todo un lienzo del muro.

—«Vaca Rubia» —dijo Shinley— está situada en el K40, un pedrusco distante seiscientos millones de kilómetros.

El general Carrier se pellizcó el labio inferior, muy pensativo.

—Parece que la reducción de su velocidad es un tanto uniforme. Esto es muy lógico; de lo contrario, arderían al penetrar en nuestra atmósfera.

Otro mensaje llegó tres días más tarde y procedía de «Bandera Amarilla», la estación de Marte.

—Los aparatos cruzan en este momento frente a nosotros. Se les detecta, pero apenas puede divisárseles. Parece como si una neblina les envolviera. Su velocidad ha bajado a setecientos cincuenta.

—Y aún la reducirán más todavía —refunfuñó el general—. ¡Shinley!

—¿Señor?

—Ordene el estado de alerta a todas las unidades de interceptación, con prioridad. Utilicen el plan 4-E. Clave de comunicación 2-A.

—Sí, señor, al momento.

Poco a poco, los OVNI iban acercándose al planeta. «Sitting Bull» los detectó, aunque muy débilmente.

Doscientos mil kilómetros más adelante, esto es, a unos ciento ochenta mil de la Tierra, los OVNI se perdieron como si jamás hubieran existido.

Todos los intentos de hallarlos resultaron completamente infructuosos.

CAPÍTULO II

Cómodamente tumbado sobre las tablas de la lancha, Wolf Young dejaba perezosamente que el sol tostase su epidermis, en tanto que la pequeña embarcación se balanceaba con suavidad en aquel mar que parecía casi un espejo.

Tenía las manos en la nuca y una gorrilla de visera echada sobre la frente, de modo que quedaba una rendija para poder atisbar por debajo de ella los movimientos de la caña que estaba sujeta a la popa. Wolf pensaba pescar y eso era lo que hacía, pero, hasta aquel momento, los peces se habían mostrado reacios a morder la carnada, cosa que no lamentaba mucho el joven,

[trozo faltante]

Frunció el ceño un instante y en el segundo siguiente se sentó en la embarcación. Alargó las manos y tomó los prismáticos.

¿Qué diablos era aquello? ¿Algún avión cohete incendiado y desplomándose en el espacio?

El objeto que caía dejaba tras sí una estela, no muy larga, de fuego y chispas, al mismo tiempo que la velocidad de su caída aumentaba aterradoramente. Wolf siguió la trayectoria durante unos segundos y luego comprobó, espeluznado, que el aparato iba a caer directamente sobre la pequeña lancha ocupada por las dos jóvenes.

Se puso en pie, sumamente excitado, olvidado por completo de la pesca. Era ya imposible salvar a las jóvenes, por lo que, fascinado por el espectáculo, enfocó los gemelos hacia aquel punto.

Suspiró, relativamente aliviado. Las dos muchachas habían visto a tiempo el peligro y se habían arrojado al agua, nadando desesperadamente para alejarse de su lancha. Wolf ya no dudó.

Abandonó la popa, trepando en dos saltos al castillete de mando. Dio media vuelta a la llave de gas y el motor emitió un sonoro rugido.

El zumbido se convirtió en un agudísimo chillido que maltrataba cruelmente los oídos. El resplandor del aparato que caía deslumbraba, hasta el punto de parecer un nuevo y diminuto sol que cayese sobre el planeta.

La canoa avanzó, abriendo una doble bigotera de espuma sobre las aguas. Parecía como si navegase entre medio de dos muros de cegadora blancura, tal era su velocidad.

Las bañistas le vieron. Una de ellas levantó la mano, en demanda de socorro.

La caída se produjo al fin. El aparato chocó contra la lancha abandonada, pulverizándola en una nube de astillas, que voló por el aire en medio de una altísima columna de espuma.

El corazón se le detuvo en el pecho a Wolf. Si el aparato estallaba, las dos jóvenes no tendrían salvación. La onda expansiva, infinitamente más poderosa en el seno del líquido, las destrozaría.

No ocurrió nada de lo que temía. Únicamente, las jóvenes quedaron sumergidas por unos momentos en la enorme oleada levantada por el choque, pero Wolf respiró aliviado al comprobar que emergían nuevamente en la superficie.

La ola le llegó unos momentos más tarde. Presentó la proa y la lancha se empinó como un caballo enfurecido, descendiendo luego a un profundo valle en el que se hundió de morro, empapándolo de agua. Las siguientes olas, sin embargo, fueron más suaves.

Wolf redujo su marcha cuando estuvo cerca de las bañistas. Viró en redondo, presentando la popa y luego dio contramarcha, deteniendo la canoa casi en seco.

Corrió hacia la popa. Desató un salvavidas y lo arrojó hacia una cabeza de cabellos negros que aparecía a una docena de metros de distancia. Un par de ansiosas manos se aferraron con fuerza al salvavidas.

Mientras la otra se acercaba, Wolf se inclinó sobre la borda, ayudando a trepar a una muchacha, de rubios cabellos y ojos azules, que había quedado más cerca. Luego tiró de la cuerda unida al salvavidas, remolcando a la otra náufraga.

Ésta pasó a bordo también y, como su compañera, tiritaba no de frío sino por la excitación sufrida momentos antes.

Sin cambiar una sola palabra, Wolf, viendo que ambas jóvenes habían padecido un susto enorme, bajó al interior de la camareta, de donde regresó al instante con una botella y dos vasos de papel. Entregó uno a cada una y los llenó a medias. El olor del coñac flotó unos instantes sobre el yodo del mar.

La rubia tosió y sus ojos se llenaron de lágrimas. La morena bebió el coñac con más comedimiento.

No se le ocurrió ofrecerles ropas ni toallas para secarse. La temperatura era magnífica y pronto estarían secas, además de que no parecían haber sufrido otro daño que el susto consiguiente.

—¿Se encuentran ya mejor? —preguntó al cabo de unos instantes de discreto silencio.

La rubia le miró.

—Gracias, señor. Ha sido usted nuestra verdadera providencia.

—Digo lo mismo —exclamó la morena—. Prácticamente, le debemos la vida, pues no hubiéramos conseguido llegar a la costa. Está demasiado lejos.

Wolf arrojó una mirada a lo lejos, donde se divisaba apenas una estrecha línea azulada que casi se confundía con las aguas.

—En efecto, está muy lejos. Permitirán que me presente. Me llamo Wolf Young.

—Arminda von Friecke —dijo la rubia.

—Irina Kirilovna —se expresó la morena.

Wolf sonrió.

—Sus nacionalidades se conocen al instante. Yo soy

[trozo faltante]

Dio media vuelta y se dirigió al castillete, poniendo en marcha la embarcación. Sonrió para sí. «No todos los días se pesca un par de sirenas tan hermosas», pensó, pues las dos eran turbadoramente bellas.

Luego frunció el ceño. ¿Qué suerte habrían corrido los tripulantes del aparato caído? Estarían ya en el fondo del mar y el Mediterráneo, en aquel lugar, alcanzaba varios centenares de metros.

Imposible cualquier intento de rescate, además de que, tan sólo con el choque, si habían conseguido sobrevivir al incendio, debían de haber muerto instantáneamente.

Cuando llegó a la pequeña población pesquera de la Riviera francesa donde estaba pasando sus vacaciones, dio cuenta, en unión de Arminda e Irina, a la policía, del incidente sucedido. No tardó mucho en olvidarlo parcialmente, y de ello tuvieron buena culpa los impecablemente azules ojos de Arminda.

* * *

En el mismo día y casi a la misma hora, sucedieron dos accidentes similares.

Un aparato desconocido, que dejaba tras sí una estela de fuego y chispas,

[trozo faltante]

lo sucedido a las autoridades de policía, pero antes de que éstas pudieran dar ninguna nota a la prensa, llegó una orden superior, imponiendo una férrea censura que nadie, ni los tripulantes del cargo sueco se atrevieron a violar.

En cuanto al tercer artefacto, cayó en el Lago Bagrach, a unos quinientos kilómetros de las fronteras rusas y afgana, cerca de una ciudad llamada Qara Sahr, pero como esta región —Kinsiang— caía dentro de los límites de la Liga Oriental, sucesora de la antigua República Popular China, el aislamiento impuesto por el «telón de bambú» hizo que no se conocieran noticias de este accidente, salvo, por supuesto, en los medios interesados amarillos.

* * *

El coronel Shinley penetró en el despacho de su inmediato superior con un fajo de documentos oficiales en la mano. Rodeó la mesa y los colocó ante el general aguardando a que éste tomase la pluma para firmarlos. Pero nada de esto sucedió. Carrier seguía en la misma inmóvil posición mordisqueando distraídamente el cabo de un viejo lápiz y con la vista fija en Dios sabía qué invisible punto.

Shinley sabía de las abstracciones del general y, como buen subordinado, aguardó a que éste volviese en sí, cosa que tardó unos buenos cinco minutos.

—Coronel.

—Diga, señor.

—¿Recuerda usted el incidente de esos OVNI?

—Perfectamente, señor.

—La cosa ocurrió hará unas dos semanas, día más, día menos, ¿verdad?

—Si se refiere al día en que los OVNI tenían que haber alcanzado la Tierra, hacen, exactamente, dieciséis días. El 22 de mayo último.

—Exacto, Shinley. Quizá usted no lo sepa todavía, pero he recibido dos informes acerca de otros tantos accidentes, que ninguna compañía de transportes ha registrado en ninguno de los aparatos en circulación.

Carrier se enderezó y buscó bajo los papeles que Shinley le había traído. Encontró uno y lo contempló especulativamente.

—El 22 de mayo último, a unas doce millas de la costa francesa, casi en el límite con la española, uno de los agentes del Servicio Secreto que se encontraba de vacaciones, Wolf Young, manifestó haber visto caer al agua un aparato que destrozó una canoa alquilada por dos muchachas: las señoritas Arminda von Friecke, licenciada en Biología espacial, e Irina Kirilovna, teniente de Astronavegación, las cuales pudieron salvarse porque unos momentos antes consiguieron tirarse al agua. Su canoa desapareció en el fenomenal choque y fueron salvadas por el agente Young.

—Recuerdo haber leído algo de eso en los diarios, señor.

Carrier continuó.

—En ese mismo día y casi a la misma hora, salvando, naturalmente, las diferencias de meridiano, otro aparato cayó, destrozando el pesquero japonés «Satachi», salvándose un solo tripulante que fue recogido por el cargo sueco «Strömj». Los relatos del pescador y del agente Young concuerdan absolutamente; un zumbido, después un chillido, y luego una especie de bola de fuego que deja tras sí una corta estela de chispas que cae del cielo con la velocidad de un meteoro. Las exploraciones consiguientes dan como resultado no hallar ni un fragmento de material, madera o metal, que no haya sido hecho en la Tierra. ¿Sabe usted qué quiere decir eso?

—Pues… —vaciló ligeramente el coronel—, a menos que me equivoque, significa que el aparato se sumergió íntegro bajo las aguas.

Carrier golpeó la mesa con el puño.

—¡Exacto, Shinley, exacto! Cuando un avión siniestrado cae al mar, siempre flotan, alrededor del punto donde se ha hundido, restos de naufragio: alguna astilla de madera, restos de asientos, fragmentos de paneles del cuadro de mandos y, sea cualquiera la cosa que flote, siempre lleva adherido, por minúsculo que sea, un trocito de metal. Pero en estos dos casos no se ha encontrado nada. Nada, en el más amplio y usual sentido de la palabra. ¿Deja algún rastro un submarino cuando hace inmersión? No; todo él se oculta bajo el agua, ¿verdad? Pues éste es nuestro caso, coronel.

—¿Me sugiere que se trata de alguna nave voladora extraterrestre, señor?

—Justamente, Shinley.

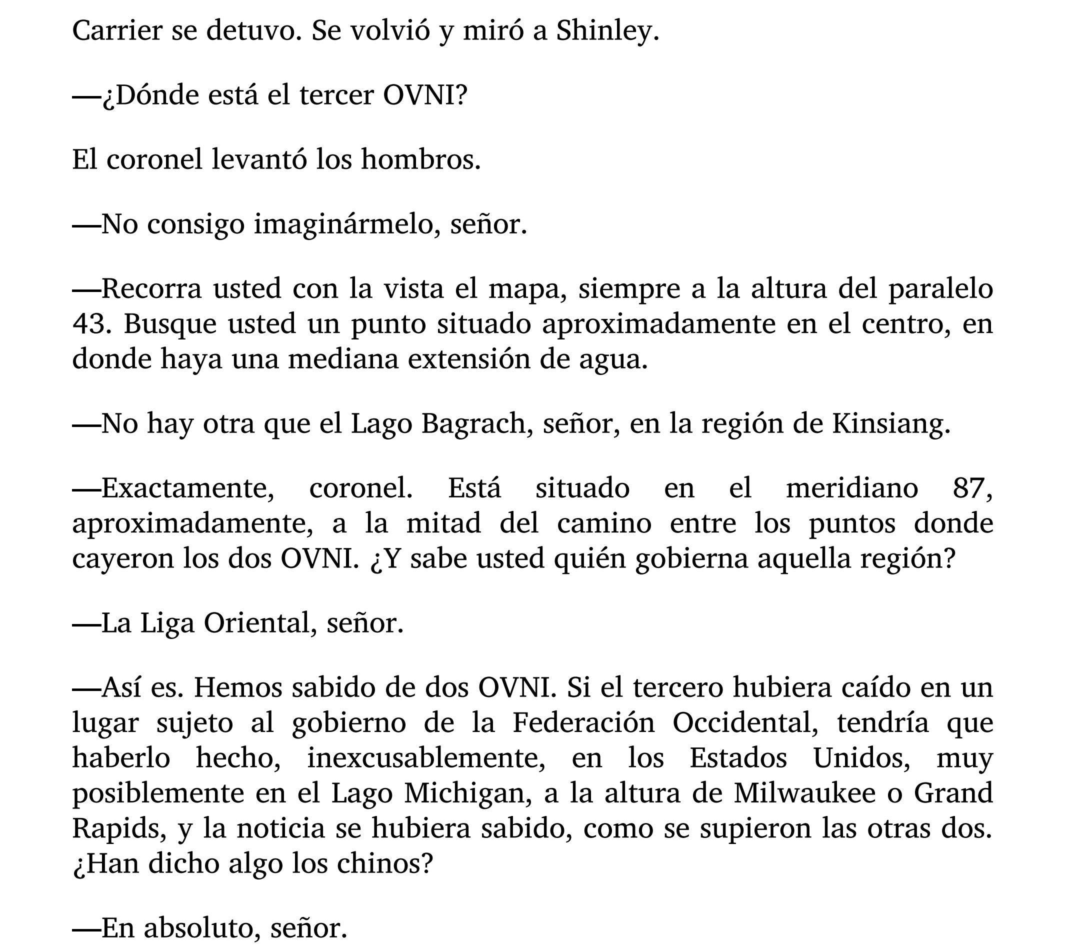
El coronel se frotó la mandíbula.

—Si mal no recuerdo, señor, los OVNI eran tres.

—Sí, eso es. Tres fueron los que se detectaron, de los cuales no tenemos, suponiendo que sean ellos, más datos que de dos. ¿Dónde está el tercero?

Carrier se levantó, yéndose hacia un gran mundo que cubría casi el muro opuesto. Tomó una larga vara y señaló un punto en el mismo.

—Primer OVNI —dijo—. Aquí. A unas doce millas de la costa francesa, en el paralelo 43, meridiano 5, aproximadamente. Segundo OVNI, al este de la isla de Yeso, del Japón, en pleno Océano Pacífico, paralelo 43, meridiano 168. Tercer OVNI…



Carrier se detuvo. Se volvió y miró a Shinley.

—¿Dónde está el tercer OVNI?

El coronel levantó los hombros.

—No consigo imaginármelo, señor.

—Recorra usted con la vista el mapa, siempre a la altura del paralelo 43. Busque usted un punto situado aproximadamente en el centro, en donde haya una mediana extensión de agua.

—No hay otra que el Lago Bagrach, señor, en la región de Kinsiang.

—Exactamente, coronel. Está situado en el meridiano 87, aproximadamente, a la mitad del camino entre los puntos donde cayeron los dos OVNI. ¿Y sabe usted quién gobierna aquella región?

—La Liga Oriental, señor.

—Así es. Hemos sabido de dos OVNI. Si el tercero hubiera caído en un lugar sujeto al gobierno de la Federación Occidental, tendría que haberlo hecho, inexcusablemente, en los Estados Unidos, muy posiblemente en el Lago Michigan, a la altura de Milwaukee o Grand Rapids, y la noticia se hubiera sabido, como se supieron las otras dos. ¿Han dicho algo los chinos?

—En absoluto, señor.

—Eso confirma mi teoría. El tercer OVNI cayó en el Bagrach. Es una extensión de agua bastante profunda, de algunos centenares de metros, que mide alrededor de cien kilómetros de largo por unos sesenta de ancho. Suficiente para amortiguar el golpe, ¿no le parece?

—No hay nave que resista una caída desde lo alto, señor.

Carrier miró severamente a Shinley.

—Querrá decir no hay nave terrestre, coronel. ¿Se ha observado algún rastro extraño después de los accidentes?

—Por supuesto que no.

Carrier golpeó con el puntero el mapa, justamente encima del Lago Bagrach.

—Entonces, ahí tiene usted la prueba de lo que digo. Fueron tres

naves extrañas las que vinieron Dios sabe de qué mundo a nuestro planeta, y cayeron en tres puntos prácticamente equidistantes.

—Pero no comprendo por qué callan los orientales.

—¿Y cuándo dicen algo? —exclamó desdeñosamente el general—. Parece mentira que al cabo de los años no conozca usted su táctica. Lo habrán observado, por supuesto, pero ya sabe cómo son: suspicaces y desconfiados hasta el límite.

—Sin embargo —dijo Shinley meditabundo—, tales caídas no fueron registradas por ninguna de nuestras estaciones detectoras.

—Recuerde usted que a ciento ochenta mil kilómetros de distancia, los radares ya no recibieron ningún eco.

—Pero volaban en el vacío.

—¿Y eso qué tiene que ver? Si esos aparatos están dotados de mecanismos antidetección, igual pudieron funcionar dentro que fuera de la atmósfera. Y si no hubiera sido por esos dos accidentes, ni siquiera nos hubiéramos enterado de la caída.

—De todas formas —murmuró el coronel—, ya es hora de que, si venían a bordo gentes extrañas, dieran señales de vida. Aunque las profundidades a que se sumergieron son suficientes para aplastarlos con la presión del agua.

—Ignoramos todo cuanto concierne a su constitución física, coronel. No sabemos de qué clase de seres se trata, pero tenga en cuenta una cosa: volaban a millón y medio de kilómetros a la hora, y esto no hay nave terrestre que lo alcance.

—Aun así, suponiendo que vinieran de la estrella más próxima, o sea de Alfa del Centauro, que está a 4,3 años luz, hubieran tardado en llegar aquí, navegando siempre con dicha velocidad, una barbaridad de años.

—¿Y quién dice que en las inmediaciones del sistema solar navegasen a esa velocidad? ¿Sabe usted si cuando «Zorro Tonto» los detectó no estaban ya decelerando? ¿Podemos afirmar o negar que alcanzan velocidades superiores a la de la luz?

Shinley pareció rendirse.

—Siendo así, general… Creo que habría que hacer algo.

—Celebro que sea de mi opinión, Shinley. Sí, tenemos que hacer algo. En primer lugar, que venga el agente Wolf Young. Quiero hablar personalmente con él. Y, en segundo, de una manera discreta pero eficaz, se va a montar una severa vigilancia alrededor de los puntos donde cayeron los OVNI. Después, aunque esto creo que no nos servirá de nada, nos pondremos en contacto con el gobierno de la Liga Oriental.

—¿Y luego?

Carrier sonrió:

—Sólo nos queda —dijo—, una cosa: esperar.

* * *

A pesar de todo, transcurrió un año sin ninguna novedad.

CAPÍTULO III

Rube Mackay lanzó un suave silbido.

—¡Mi reverenda abuela! —murmuró.

—¿Qué le pasa a tu abuela? ¿Está mala?

—No, Wolf; soy yo el que se pone enfermo. Míralas, hijas de mi alma. ¿No te parecen súper...?

Wolf levantó la vista de los trebejos de pescar que estaba arreglando en el fondo de la lancha, que tenía amarrada al pequeño muelle pesquero y cortó en seco las exclamaciones pintorescas de su amigo.

—¡Pero si las conozco yo!

—¿Eh? ¿Que las conoces? Pues llámalas, hombre; ¿a qué esperas?

Wolf sonrió ante la impaciencia de su amigo y se puso en pie. Agitó la

mano, llamando la atención de dos muchachas que pasaban cerca de allí, vestidas de tal forma que indicaban sus intenciones de practicar el deporte náutico.

—¡Arminda! ¡Irina!

Las dos jóvenes se volvieron.

—¡Mira —exclamó la primera con acento lleno de gozo—; es Wolf!

—¡Wolf! —gritó la rusa, echando a correr. Llegó antes que Arminda, saltó a la lancha y estampó dos sonoros besos en las mejillas del joven.

Rube hinchó el pecho.

—Eh, que estoy yo aquí. ¿No hay un saludo de esa índole para mí?

—Tú no les has salvado la vida, como yo —rió Wolf, presentando ambas jóvenes a su amigo. Arminda le saludó de una manera menos aparatosa, pero tan cordial o más que Irina.

Rube se puso a pensar.

—¿Irina Kirilovna? ¿Dónde he oído yo ese nombre antes de ahora? Y su cara no me es desconocida, tampoco.

—Tiene usted una memoria fatal, señor Mackay. Viajó una vez conmigo, a bordo de la «Pantellaria», procedente de Plutón.

—¡Diablos! Ya lo decía yo. Claro que sí; ahora la recuerdo perfectamente. Bueno, también es verdad que han pasado casi dos años y desde entonces no la he vuelto a ver. ¿Sigue de teniente navegante?

—Ahora soy segundo oficial a bordo de la «Lola Montes». Estoy pasando unas vacaciones aquí, antes de hacer el viaje que me capacitará, o no, para graduarme de capitán con patente para cualquier clase de astronave.

Rube la miró de arriba abajo.

—Bendita mujer —exclamó—. Con esos ojos, y esa cara y ese tipo... ¿y aún tiene dudas acerca de cuál va a ser el resultado del examen final? Oiga, ¿por casualidad no necesita usted un camarero a bordo?

Irina rió, complacida con la voluble charla del joven. A su lado, Arminda y Wolf charlaban en un tono más comedido.

—Nos gustó mucho este pueblecito y decidimos, como el año anterior, pasar juntas las vacaciones.

—Celebro la idea, muy sinceramente. La verdad, estaba ardiendo en ganas de volverle a ver, Arminda. Por cierto, ¿terminó sus estudios?

—Sí. Ahora ya soy doctora en Biología espacial. Estuve casi un año en Marte para poder estudiar la flora y la fauna de aquel planeta y presentar mi tesis.

—Lo pasaría muy aburrido, sin duda.

—El estudio no me dejaba tiempo para ello, Wolf. ¿Y usted, qué ha hecho en todo este tiempo?

—Pues, aunque no lo crea, después de concluidas mis vacaciones, regresé al poco tiempo. Estoy escribiendo una novela y juzgué que éste sería un lugar tranquilo para hacerlo sin temor al agobio de las grandes urbes.

Rube levantó la voz.

—Estaba pensando en una cosa, chicos. ¿No les parece que debiéramos celebrar el encuentro?

—Es una propuesta razonable. Espero que ellas acepten.

—Claro que sí. ¿Por qué no cenamos esta noche en «Chez Batteaux»? Sirven unas langostas con mayonesa que se comen solas. Y además, hay pista de baile y... ¿A las ocho?

—De acuerdo —exclamó Irina, estrechando la mano que le tendían.

—A las ocho, Arminda —dijo Wolf, mirándose en las azules pupilas de la joven doctora, más azules que el mar que tenían a su espalda.

—Allí estaremos —dijo ella, con voz levemente ronca.

* * *

Hacía ya cerca de un año que Snkrak había salido de su nave. El tiempo no contaba para él y aquel año había sido como un par de horas para los humanos.

No obstante, se sentía impaciente. Había pasado muy malos ratos al

principio cuando, abandonando su nave, había sentido oprimido todo su cuerpo por la fenomenal presión del elemento que le envolvía.

Antes de abrir la escotilla de la nave, había estudiado las aguas de aquel mar en que había caído, hallándolas aptas para la vida. No obstante, los instrumentos de a bordo le señalaron la elevada presión que reinaba en el fondo de aquel océano en que había caído, pero también le indicaron la riqueza de oxígeno del medio ambiente. ¡Y él había venido en busca de tan preciado elemento!

Exultó de júbilo al saber que por fin sus padecimientos de incontables años iban a terminar. Tendría todo el oxígeno que quisiera, cómo y cuándo se le antojara, sin tener que someterse a las detestables y enojosas normas del racionamiento imperantes en Wrasnijh, su planeta. Y, además, podría, en éste en que había caído, propagar su especie. Esto era tan importante como consumir oxígeno. Precisamente por falta de éste, la estirpe de los Wrasnijhianos estaba extinguiéndose, y el Consejo Supremo de su nación le había destacado, en unión de otros dos, para la búsqueda de otro mundo que pudiera ser habitable y donde el oxígeno no escaseara jamás.

No obstante su júbilo, no descuidó las precauciones que debía tomar, más fuertes que nunca. A fin de cuentas, se hallaba en un mundo desconocido que muy bien podía resultarle hostil y su obligación era sobrevivir.

Pensó en sus otros dos compañeros, Rtkrak y Lkkrak. En el último momento, al penetrar en la atmósfera de aquel planeta, se habían separado bastante. ¿Dónde habrían caído con sus naves? ¿Sobrevivirían al choque? Sus medios de comunicación no servían en las actuales circunstancias, por lo que un sentimiento de inseguridad invadió, durante unos momentos, el ánimo de Snkrak.

Pero tal estado de ánimo desapareció bien pronto. Concentrándose en sí mismo, decidió consumir sus últimas reservas de oxígeno. Reunió su enorme poder biológico y comenzó a fabricar células de quitina en gran cantidad, a fin de formarse una cáscara que le protegiera suficientemente contra la enorme presión de aquel fondo.

Le costó unos pocos minutos suyos, que traducido a tiempo terrestre significaron un par de meses. Al fin lo consiguió y, cuando estuvo seguro de que nada malo podía sucederle, abrió la escotilla.

El agua del mar irrumpió en tumultuoso oleaje en el interior de la nave, anegándola totalmente. Snkrak se quedó sin aliento por unos

instantes al sentir la fabulosa presión que amenazaba con aplastarle. Hizo un esfuerzo y engrosó aún más la capa de células quitinosas, después de lo cual, con más penalidades que las que había esperado, pudo salir al exterior.

Caminó por un fondo completamente oscuro, sin el menor rayo de luz, lleno de blando barro que se agitaba pesadamente a su paso. Destacó un tentáculo en busca de oxígeno, sin poder hallarlo, por lo que reanudó su camino, tras replegar el miembro.

Hubieron de pasar varios meses —minutos para él—, antes de que, por fin, pudiera reponer sus agotadas reservas de oxígeno.

Ello sucedió cuando la presión había disminuido ya notablemente y algunos rayos de luz se filtraban a través de la espesa capa de agua.

El penetrante ojo de Snkrak descubrió inmediatamente la presa. En el primer momento, Snkrak creyó se trataba de algún congénere, pero bien pronto cambió de opinión.

Los pulpos en el Mediterráneo no suelen ser grandes, pero aquél era una excepción. Sus brazos medían más de dos metros, lo que le daba, desplegado en estrella, un diámetro de casi cinco. Era un magnífico ejemplar de su especie, que hubiera matado a un hombre con rapidez, pero fue una débil presa en manos de Snkrak.

A pesar de su tamaño muy inferior, el cefalópodo no pudo hacer nada. Algo, que apretaba como un demonio y cortaba como una navaja, le sujetó ferozmente. Largó un espeso chorro de tinta, sin conseguir nada. Al fin, un arma formidable alcanzó sus órganos vitales y sus movimientos cesaron.

Snkrak aspiró golosamente el oxígeno de aquella bestia, sintiéndose inmediatamente más fuerte. Tanto, que largó un par de capas de quitina, suprimiendo aquel enojoso estorbo. Su marcha se hizo ahora más rápida.

A medida que caminaba, el fondo del mar iba subiendo. Poco a poco, la luz aumentaba, en tanto que el espesor de la capa líquida iba disminuyendo paulatinamente. Snkrak se dilató, expulsando fuera de sí más fragmentos de su quitinosa envoltura. ¡Aquello era vivir!

Ahora ya tenía todas las presas que quisiera y todas eran ricas en oxígeno. Atrapó un par de animales, mucho más pequeños que él, los cuales murieron sorprendidamente indefensos. El oxígeno de sus cuerpos pasó a los órganos de Snkrak. Sí, él y sus descendientes se

establecerían allí; jamás les faltaría el alimento.

A última hora, se despojó totalmente de su coraza protectora. Ya no le hacía falta para nada. La escasa presión que reinaba en aquel lugar podía ser soportada a cuerpo desnudo, sin protección alguna.

Súbitamente, la luz faltó. Snkrak, temiendo algo, se replegó sobre sí mismo, reduciéndose en unos segundos a la mitad de su tamaño.

Estudió, en un tiempo brevísimo, el color del medio ambiente, adaptándose a él con increíble rapidez. Esperó.

La luz volvió al cabo de unos segundos, nueve horas terrestres. Estaba fuerte y bien alimentado, de modo que no tenía prisa. Siguió esperando.

Tardó poco en convencerse —menos de una semana terrestre—, que aquellos períodos alternativos de luz y oscuridad eran debidos al movimiento de rotación del planeta en que se hallaba. Esto no le importó; podía ver tan bien de día como de noche, y ahora sabía que la oscuridad que había pensado podía constituir un peligro, no le amenazaba en absoluto.

Era de noche cuando, al fin, emergió a la superficie. Las olas del mar acariciaban blandamente la arena. Descorrió la cortina protectora de sus ojos y vio en lo alto una luz, blanca y redonda, sin calor. Una estrella muy rara, pensó.

Escrutó atentamente el terreno que tenía ante sí. Las olas pasaban mansamente por encima de su lomo, causándole un gran placer. Pero más placer le causaba todavía saber que al fin había salido a la superficie y que, en lo sucesivo, podría hartarse de oxígeno cuando lo deseara. El alimento tenía que abundar mucho en aquel planeta.

Súbitamente, un olor extraño llegó a su órgano del olfato. Era un olor suave y punzante al mismo tiempo, pero que le mareaba hasta tal punto de hacerle ver dobles las cosas. Por segunda vez se replegó sobre sí mismo, temiendo que los habitantes de aquel planeta, habiendo descubierto su presencia, fueran a atacarle con alguna arma nueva y desconocida para él.

Miró con precaución. Un ser se acercaba. Caminaba de un modo raro, zigzagueando curiosamente. Agitaba algo blanco en la mano en tanto que de su cuerpo brotaba una serie de raros sonidos.

* * *

Miquelon Debras estaba bastante mareado. Había estado en la boda de la linda Colette y había bebido y bailado de lo lindo, tanto porque le gustaba divertirse como porque, en el fondo, había pensado más de una vez en que el novio debía haber sido él y no el estúpido de Pierrot Ducaze.

¡Pierrot! ¡Bah! Que se fuera al infierno. Y Colette también. ¿Es que no quedaban más mujeres en el mundo?

Levantó un ojo a lo alto. Vio la luna y esto le hizo reír.

—Conque la luna, y Pierrot, ¿eh? —tarareó, e, inmediatamente, empezó a cantar la famosa canción.

Au clair de la lune,

mon ami Pierrot

prète moi ta plume

pour écrire un mot.

Tropezó con una piedra y estuvo a punto de caer. Juró enconadamente.

Luego oyó música. Miró a lo lejos. Vio luces que brillaban sobre el malecón que protegía aquella parte de la ciudad de los invernales embates del mar.

—¡Cómo se divierten en «Chez Batteaux»! —gruñó. Inmediatamente se dijo—: Bueno, ¿y por qué no puedo hacer yo lo mismo?

Pero se dijo que en el estado en que se encontraba no era prudente. No porque se le diera un ardite de que le viesen bebido, sino porque sabía que «le vieux» Batteaux tenía muy malas pulgas y toleraba todo menos un escándalo de borracho.

—Bueno —se dijo con igual volubilidad que había pensado lo anterior—, el remedio es sencillo. Me bañaré en el mar y así se me despejará la borrachera.

Y mientras se dirigía hacia la playa, se despojó de la camisa, haciéndola ondear como si fuera una bandera de señales, en tanto que seguía cantando desaforadamente.

De pronto, su pie tropezó con algo blando. Gracias a que no corría, por ello pudo mantener el precario equilibrio de que disfrutaba.

Lanzó un gruñido de ira.

—¡Maldito borracho! —y volvió a golpear aquella cosa blanda.

Pero no consiguió que el cuerpo se moviera. Frunció el ceño, estupefacto.

En el primer momento, pensó si se trataría del cuerpo de un gran pez arrojado a la playa por las olas. Se inclinó, tocando con las yemas de los dedos la epidermis del cuerpo con que había tropezado, encontrándola sumamente fría y viscosa.

Se incorporó, desconcertado. La embriaguez se le disipaba rápidamente.

Con mano torpe, buscó en sus bolsillos hasta hallar una caja de fósforos. Encendió uno.

Inmediatamente, sus ojos se desorbitaron por el espanto. Retrocedió, sin darse cuenta de que el fósforo le quemaba las yemas de los dedos.

Un grito de pavor, un alarido de angustia se escapó de su garganta. Dio media vuelta y quiso huir.

No le fue posible. Algo duro y, a la vez, cortante, le golpeó en un hombro, derribándole por tierra. Oyó el siniestro crujido de sus huesos y sintió un agudísimo dolor en la parte afectada, cuando la clavícula le fue cortada en dos limpiamente.

Volvió a gritar.

Después, algo horrendo, helado, viscoso y duro a un tiempo le tanteó la garganta. Miquelon quiso emitir un grito, pero lo único que brotó de sus labios fue un espantoso gorgoteo. Una onda de infinito dolor le envolvió en sus quemantes espumas y luego la luna huyó velocísimamente de sus pupilas hasta desaparecer totalmente en una noche infinita.

* * *

Por encima de los suaves sones de la orquesta, los gritos de Miquelon llegaron a «Chez Batteaux» y fueron oídos por muchos de los que

estaban bailando en la terraza, los cuatro jóvenes entre ellos.

Arminda se apretó instintivamente contra su pareja, como si buscase protección.

—¿Has oído, Wolf? —preguntó.

—Sí —contestó el joven, frunciendo el ceño.

Una vez más se repitió el grito y luego se extinguió definitivamente.

Irina se acercó a ellos, seguida por Rube. La rusa estaba muy pálida.

—¿Qué ha sido eso, Wolf?

Antes de que el joven pudiera contestar, hubo un pequeño revuelo en la pista. El viejo Batteaux, erguido y todavía de magnífica presencia a pesar de su edad, cruzaba con un gran farol eléctrico en la mano, seguido por dos de sus hijos, portadores el uno de un segundo farol y el otro de un rollo de cuerdas.

—Por favor, señores; dejen pasar. Acaso ha ocurrido una desgracia y alguien se está ahogando.

Los Batteaux desaparecieron por la escalera de acceso a la playa. Movido por una curiosidad irrefrenable, Wolf les siguió, tras excusarse con Arminda.

Por más que buscaron en los lugares de donde se suponía habían partido los gritos, no encontraron nada, a excepción de unas ropas de hombre, joven al parecer, consistentes en una camisa, pantalones y calzoncillos, calcetines y zapatos, además de un reloj de pulsera, aún en perfecto estado de funcionamiento. También encontraron una cartera con documentos y unos sesenta megafrancos, por medio de la cual supieron que el desaparecido era el siempre alegre y simpático Miquelon Debras.

Estuvieron bastante rato buscando al joven.

No sólo fueron el viejo Batteaux y sus hijos los que buscaron a Miquelon, sino muchos de los habitantes de la ciudad, sin que por nada de este mundo pudiera hallarse el menor rastro del alegre muchacho. Alguien supuso que se había lanzado a las aguas, despechado por la boda de Colette con Pierrot Ducaze; pero, recordando que Miquelon era un magnífico nadador y que su padre poseía varios vaporcitos pesqueros, hubo de suponerse que, si quería

haberse suicidado, jamás hubiera empleado aquel medio.

La desaparición de Miquelon constituyó un misterio que tardó bastante en resolverse. Y quizá no se hubiera sabido nada de lo ocurrido al desaparecido Miquelon.

Allí había algo.

Mientras los demás buscaban frenéticamente al muchacho, Wolf descubrió algo. La arena brillaba de un modo extraño en algunos puntos, como si se hubiera arrojado polvo de plata disuelto en goma arábiga, de modo que formase una pasta de cierta viscosidad, que se desvanecía al cabo de cierto tiempo. Aquello intrigó a Wolf.

Estudió los lugares donde se veía aquel extraño rastro durante largo rato. Al fin, después de pensar mucho tiempo, se puso en pie, limpiándose; maquinalmente la arena pegada a las rodilleras de los pantalones.

Sacó un pañuelo y echó en él un puñado de aquella arena que brillaba, envolviéndola luego cuidadosamente. Luego, sin decir nada a Arminda ni a sus compañeros, marchó en busca de un teléfono.

CAPÍTULO IV

Snkrak estaba muy satisfecho. Su cuerpo estallaba de oxígeno, claro que el metabolismo de su organismo funcionaba de una manera tan feroz que devoraba el alimento a marchas forzadas.

Naturalmente, él podía suspender las funciones naturales o, mejor dicho, reducirlas a un límite que parecía suspensión animada. Esto había podido demostrarse durante el largo viaje por el espacio y en el tiempo que había durado su inmersión bajo las aguas.

Pero lo había hecho por falta del elemento vital, para ahorrar el poco de que podía disponer, en tanto que ahora no le era precisa ninguna economía. Todo lo contrario; podía disponer del que quisiera, naturalmente que buscándolo. Era tan fácil conseguirlo...

Una vez hubo ingerido el oxígeno contenido en el cuerpo de aquel estúpido ser que emitía ruidos tan desacordes, un oscuro instinto le

hizo retroceder por donde había venido y sumergirse a unos cuantos metros de la orilla. Desde allí observó todo cuanto sucedía, tomando buena nota de ello.

Nadie se fijó en aquella cosa que sobrenadaba entre la espuma de las olas. Si lo hubieran hecho, quizá se habrían dado cuenta de la presencia de Snkrak, pues era su ojo, lanzado a la superficie al extremo de un seudópodo que él mismo había desarrollado en atención a las circunstancias y como si fuera —él no lo sabía, por supuesto— el periscopio de un moderno submarino.

Muchas cosas aprendió en estos momentos Snkrak, y la menor de ellas no fue precisamente el averiguar que aquellos seres tan altos y delgados poseían inteligencia, cosa que no había sucedido con los dos primeros a quienes había devorado en el fondo del mar. Esto, si por una parte le aterró, por otra no dejó de alegrarle, pues así sabría con quién medirse, una vez llegado el momento.

El sol salió, y Snkrak se escondió aún más en el fondo del mar, replegando el ojo a su alvéolo. Su cuerpo se fundió totalmente con el medio ambiente que le rodeaba y allí, en la grata frescura de las aguas, meditó largamente.

Cuando llegó la noche, se acercó a la orilla. Sacó nuevamente el ojo y estuvo observando el terreno, antes de decidirse a emerger una vez más.

Había demasiada actividad; era mejor esperar, y así lo hizo hasta que casi todas las luces se apagaron. Entonces, deslizándose lentamente, salió a la arena.

* * *

Los periódicos hablaban al día siguiente del suceso, comentando las circunstancias en que se había producido. A pesar de que, como se ha dicho, no faltó quien apuntara la hipótesis del suicidio, ésta hubo de quedar descartada, quedando como más firme la de la desaparición.

La gendarmería local hizo grandes esfuerzos por hallar a Miquelon, pero todo fue inútil. Poco a poco, la actividad fue disminuyendo hasta cesar del todo y, al cabo, Miquelon Debras pasó a engrosar la lista de las personas desaparecidas definitivamente y cuya solución constituye un misterio indudable.

Simultáneamente, los periódicos «Sapporo Times», de Sapporo, capital de la isla de Yeso, en el Japón, y «Raíz Nueva», de Qara Sahr, en el Kinsiang occidental chino, registraron la desaparición de Toyita Skamo y Ehi Shang Hu, ambos de modo misterioso y a miles de kilómetros de distancia, pero las noticias estaban perdidas en el fragor de sucesos similares de las páginas interiores y nadie les prestó atención, como igualmente pocos fueron los que leyeron lo relativo a Miquelon en «La Depêche du Midi». ¡Ocurrían tantas cosas similares al cabo del día en infinidad de puntos del globo!

Dos días más tarde, un pescador francés recogió una cosa extraña en sus redes. Era una especie de costra o coraza, al parecer de origen animal, muy dura y brillante, formada por piezas octagonales, que se le había enredado entre las redes al recoger éstas con el pescado.

El hombre examinó aquellos objetos con curiosidad y, al cabo de un rato, encogiéndose de hombros, los lanzó al fondo de su lancha. No sabía para qué podían servirle, pero veía que tenían un aspecto parecido a las conchas de tortuga y quizá su mujer, que era muy mañosa, pudiera sacar algún provecho de aquellas extrañas planchas, algunas de las cuales rebasaban ampliamente el medio metro de largo.

Mientras tanto, Wolf había hablado ampliamente por teléfono con determinada persona, lo cual tuvo como consecuencia que un día o dos después, alguien viniese a verle y se llevase aquella arena que el joven había recogido en la playa, cosa que se hizo en el más estricto secreto.

Durante dos o tres días más, los cuatro jóvenes, olvidados del incidente, se divirtieron de lo lindo. Salieron en el bote de Wolf a pescar en alta mar, hicieron excursiones, pasaron la frontera española para ver un par de corridas de toros y, en fin, se portaron como cuatro más de los infinitos turistas que invadían toda la costa mediterránea en aquella época del año.

Al cuarto día de haber entregado la arena, le llegó un mensaje que el joven descifró convenientemente.

«Sustancia hallada de origen animal al parecer. Abundancia de oxígeno, aunque su constitución molecular no corresponde a ninguno de los seres que pueblan la Tierra. Cantidad enviada es insuficiente. Procúrese más y remítala por correo a dirección concertada.»

La respuesta de Wolf no se hizo esperar.

«Imposible conseguir más cantidad. Rastro totalmente desaparecido.»

Le llegó un segundo mensaje.

«Esté atento a cualquier incidente, posiblemente similar al anterior. Comuníquese con nosotros urgentemente, teléfono París INV-87-D-405.»

A los siete días, la anciana Mado Reguant, abuela de dieciséis nietos, desapareció como si se la hubiese tragado la tierra. Y en la costa oriental de Yeso, en Kushiro, y en Khirma, al norte de Qara Sahr, desaparecieron otras dos personas, con escasas horas de intervalo, sin que nadie volviera jamás a saber nada de ellas.

* * *

—Te encuentro preocupado, Wolf.

—¿De veras? Oh, no es nada. Quizá un pasaje particularmente difícil de mi novela y que no sé cómo resolver.

—Yo te puedo decir la forma en que puedes conseguirlo.

Wolf giró la cabeza y miró, sonriente, el lindo rostro de la muchacha.

—¿De veras?

Arminda dijo:

—Sí. Olvídalo durante unos cuantos días. Arráncatelo de tu imaginación. Haz como si ese problema no existiera para ti en una semana al menos. Pasado ese plazo, lo atacas de nuevo, sin vacilar, decididamente. Verás cómo fluyen las ideas y en unas cuantas horas...

Arminda se interrumpió.

—¿Qué te sucede? —preguntó Wolf.

Ella no contestó, de momento.

Tenía la vista fija en un punto situado a unos cuantos metros de distancia, en el borde del pequeño estanque al lado del cual se encontraban.

Estaban un poco fatigados de tanta playa y tanto mar y habían decidido dar un paseo por el campo. Salieron de la aldea y treparon por las colinas que rodeaban ésta, deteniéndose al cabo en un lugar a

unos quinientos metros de altura, desde el cual se divisaba un panorama realmente magnífico.

Allí había una explanada, cubierta de jugoso césped y sombreada por copudos olmos, bajo los cuales nacía una fuente de agua que daba origen a un arroyuelo, originando antes un estanque de una decena de metros de anchura. Los ojos de Arminda estaban mirando el borde opuesto a ellos.

Sacudió la cabeza.

—No sé, quizá se trate solamente de simples visiones mías…

Wolf se echó a reír.

—Ahora el que va a dar consejos soy yo. Olvídate de fantasmas y duerme. Es el mejor remedio para dejar de ver pesadillas a las seis de la tarde.

Arminda rió también.

—Quizá tengas razón, Wolf. En los últimos tiempos, trabajé mucho y aún no estoy repuesta del todo. Desde luego, seguiré tu consejo y, por supuesto, no pienso dar golpe hasta que concluya el verano.

—¿Qué harás entonces?

La muchacha puso cara seria.

—Me han ofrecido una plaza en el laboratorio de Investigaciones Biológicas Marcianas, en la Universidad de Marte capital. El contrato es por tres semestres, prorrogable por periodos de tiempo similares, si ambas partes están satisfechas. Pero…

—No te seduce la idea de pasar año y medio en Marte, ¿verdad?

—Ése es mi problema, Wolf. Por otra parte, aquí también tengo posibilidades de colocarme en un buen laboratorio farmacéutico. Menos trabajo, buen sueldo y… Si supiera compaginar ambas cosas…

—Total, que a ti te atrae la investigación de las diferentes formas de vida del espacio, pero lo que no te gusta es tener que pasarte todo aquel tiempo en Marte, ¿verdad?

—Exactamente.

—Bien —sonrió el joven—, haz lo que tú me has aconsejado. Olvida

ese problema ahora y atácalo de frente al terminar tu veraneo. ¿Por qué dejar que esas ideas perturben tus bien ganadas vacaciones?

—Tienes razón —exclamó ella, muy animada—. Olvidémoslas. Oye, Wolf, ¿y qué hay de esas fotos que me has prometido?

El joven se puso en pie, descolgando la máquina que llevaba en bandolera.

—Al momento, «milady» —dijo—. El lugar es adecuado, sobre todo, si te colocas al borde del estanque, tal donde tu imagen podrá verse duplicada en las aguas. ¿Qué te parece —y señaló un punto—, allí, sentada sobre aquel pedrusco?

—Maravilloso —palmoteó ella alegremente—. Anda, prepara la máquina; voy a colocarme donde has dicho.

Mientras Arminda caminaba hacia el lugar indicado, Wolf destapó la funda. La cámara era una «Hiperleica», de suma precisión y gran fidelidad en la reproducción de las imágenes, que hacía, además, a todo color. Por no llevar más bulto, no había querido coger aquella mañana la otra cámara, la «Superkodak», que llevaba acoplado el laboratorio automático, con la cual hubieran tenido las pruebas a los pocos minutos de impresionar el negativo. Quizá fue esto un error, naturalmente que involuntario, por parte de Wolf; pero es que entonces el joven no lo sabía.

Disparó unas cuantas placas.

—Luego las revelaré y a la noche te las enseñaré. ¿Qué te parece si ahora emprendemos el regreso?

Echaron a andar alegremente, cogidos de la mano como dos chiquillos. Afortunadamente, no vieron el lento remolino que agitó las aguas apenas un instante después de su partida, muy parecido al que Arminda había creído ver momentos antes y que Wolf había tachado de pesadilla.

Cuando llegaron al pueblo, se despidieron.

—A las ocho y media en «Chez Batteaux». Iré un poco más tarde, porque el revelado me entretendrá algo de tiempo.

Arminda asintió.

—Muy bien. De acuerdo, entonces. Hasta luego.

Wolf fue hacia la casa en la que tenía alquiladas un par de habitaciones. No era la primera vez que revelaba y sacaba positivos de fotografías, de modo que, después de instalar lo necesario en el cuarto de baño, cerró la puerta, entregándose de lleno al trabajo.

Tres cuartos de hora más tarde sonaron unos fuertes golpes en la misma.

—¿Quién es? —alzó la voz.

—¡Vamos, chico! Se está haciendo tarde. Ellas nos esperan.

—¡Un momento, Rube! Salgo enseguida.

Oyó frote de ropa y, sonriendo para sí, supuso que su amigo se habría recostado contra la puerta. Continuó su trabajo y, unos minutos más tarde, lo dio por terminado.

—¿Qué hacías, revelar fotos?

—Justamente. Tomé esta tarde unas cuantas de Arminda y quiero entregárselas antes de la cena.

—Pues ya puedes darte prisa, porque quedan escasamente diez minutos para las ocho y media. Y no sé qué es peor para mí: si no ver a Irina o tener el estómago vacío.

Wolf rió con la voluble charla de su amigo y aspiró el humo del cigarrillo que éste le había ofrecido.

—¿Qué, pueden verse las fotos?

—Naturalmente. Han salido estupendas. Míralas, en tanto que me lavo las manos.

Le entregó un puñado de fotos, ampliadas a un tamaño ligeramente inferior al de postal. En todas ellas aparecía la muchacha, en diversas actitudes, todas ellas muy graciosas, llenas de naturalidad y simpatía y reproducida la imagen y el medio ambiente que la rodeaba en un color absolutamente natural, sin estridencias cromáticas.

—Me explico que estés chiflado por ella. ¿Cuándo os casáis, Wolf?

—¿Casarnos? Oh, todavía no he insinuado nada al respecto. ¿Sé yo si ella consentiría en ser mi esposa?

—Hombre, si no lo sabes, el remedio es muy sencillo; pregúntaselo.

Claro es que, para ciertas cosas, se necesita un valor que… ¡Caramba!

Wolf se volvió, enjugándose las manos con una toalla.

—¿Por qué ese caramba, Rube?

—Mira esta foto. La del estanque. Vaya unas plantas más raras que crecen por esta región.

Wolf hizo lo que le decían, mirando por encima del hombro de su amigo. El índice de Rube señaló un punto en la cartulina.

—¿Una planta eso? —murmuró el joven.

—No va a ser un gato nadando, digo yo —gruñó Rube.

Wolf contempló unos instantes la cartulina con mucha atención. Después, tirando descuidadamente la toalla a un lado, fue en busca de una lupa

Se situó debajo de una luz y examinó la fotografía, mirando con atención a través del cristal de aumento, en medio de la expectación de su amigo, quien no hacía otra cosa que formularle preguntas, sin recibir ninguna respuesta.

Un minuto más tarde, tomó el negativo y, tras colocar un trozo de papel blanco bajo la ampliadora, encendió la lámpara, examinando con infinita atención la imagen proyectada y que había ampliado a un tamaño diez veces el normal del negativo.

Al terminar, guardó fotografía y negativo en un sobre que cerró y sobre el cual escribió una dirección. Se puso en pie y se lo entregó a su amigo.

—Rube —dijo muy serio, ante la estupefacción y el asombro de éste—, guárdate ese sobre y procura no perderlo por nada de este mundo. Ahora vas a ver a las chicas y me excusas ante ellas. Emplea el pretexto que quieras, no importa. Lleva a Arminda el resto de las fotografías. Yo volveré dentro de varias horas.

—Pe… pero…

Wolf no le hacía caso. Estaba trasteando en los muebles. Sacó una pistola de gran tamaño y una linterna eléctrica, muy potente, después de lo cual preparó la otra cámara, la «Superkodak», acoplándole un «flash» de tipo solar, todo lo cual metió en una amplia bolsa de lona

que colgó de su costado.

—Si mañana al amanecer no he regresado, envía la carta a la dirección del sobre.

—¡Pero, Wolf! ¿Es que te has vuelto loco?

El joven ya no le escuchaba; corriendo a toda velocidad, descendía los peldaños de la escalera, desapareciendo de la vista del atónito Rube unos segundos más tarde.

* * *

Jadeante, lleno de sudor, llegó a las inmediaciones del estanque, deteniéndose en el borde de la explanada. Aguardó unos momentos, con los nervios en tensión, hasta que su respiración se hubo normalizado.

Sacó la pistola de la bolsa, colocándosela en la pretina del pantalón. Preparó la cámara y acopló el «flash», encajando luego la culata que le permitiría manejarla con una sola mano, sin tener que preocuparse de otra cosa que de un encuadre correcto de la escena y de apretar el gatillo del disparador del diafragma. Luego, con la lámpara en la mano izquierda, rastreando el terreno, avanzó hacia el charco.

Caminó con lentitud, explorando lo que le rodeaba, sintiendo al mismo tiempo que un viscoso y helado sudor le corría por la espalda. Presentía algo horrendo y sin nombre, algo espantoso que no podía definirse, y que, sin embargo, era real y tangible.

Súbitamente, se detuvo. Sin soltar la cámara, con el pulgar, graduó la intensidad del «flash», hecho lo cual, disparó el objetivo un par de veces.

Luego se arrodilló en el suelo, observando aquella curiosa estela de color plateado que ya había visto en una ocasión anterior.

Las hierbas aparecían aplastadas, como si hubieran sufrido un gran peso en los lugares donde se veían aquellos millares de chispitas de plata que relucían tanto a la luz de la lámpara. La estela recorría la explanada de la fuente, dirigiéndose hacia un lugar situado al otro lado del grupo de olmos.

Súbitamente, Wolf detuvo sus pasos, terriblemente desconcertado. La

estela se dividía en dos, al borde mismo de los árboles, formando una especie de Y de ramas muy separadas. Una de las estelas se dirigía rectamente hacia el norte, en tanto que la otra tomaba una dirección aproximadamente este-sureste.

Pero, además, notó un raro fenómeno. A medida que transcurría el tiempo, la brillantez de la estela se atenuaba hasta desaparecer por completo y el suelo quedaba como si nada hubiera sucedido. Esto le extrañó sobremanera al joven, pero, de pronto, algo le llamó la atención.

Un alarido de angustia sonó a lo lejos. Era el grito de una persona en peligro de muerte.

CAPÍTULO V

s

nkrak se sentía muy mal. Acababa de pasar un rato bastante desagradable y aún tenía todo el cuerpo terriblemente dolorido, como consecuencia de lo que le había sucedido. «Aquello» se le había presentado de improviso y, aunque Snkrak lo esperaba, no por ello había dejado de ocurrirle con cierta sorpresa por su parte.

Estaba desconcertado.

Naturalmente, «aquello» era la consecuencia del régimen alimenticio tan rico en oxígeno que había tenido durante los últimos días. Pero después de lo ocurrido, sus reservas del elemento vital habían descendido notablemente y era preciso, a toda costa, renovarlas, fuera como fuera.

Un desgraciado conejo que dormía pacíficamente con el morro fuera de su madriguera fue instantáneamente atrapado por las insaciables fauces de Snkrak y aunque esto le calmó un tanto, no era, sin embargo, más que unos momentos de contemplación, dio media vuelta y sentía. ¿Dónde estaba la comida que tanto había parecido abundar en los primeros días?

Súbitamente, su desarrollado sentido del olfato captó emanaciones puras de oxígeno. Si hubiera tenido boca humana, habría sonreído de satisfacción. Pero lo hizo al modo de su raza, esto es, agitando su

suave y viscosa epidermis en una serie de ondulaciones que empezando en la parte superior, concluyeron en el borde de su cuerpo.

Sigilosamente, caminó hasta la fuente de oxígeno que tan rico botín le prometía. Sus dolores se habían atenuado notablemente y ya no se acordaba siquiera de que, partiéndose en dos, había dado origen a un ser exactamente igual a él. Una vez concluida la partenogénesis, se habían separado, posiblemente para no volver jamás.

El olor a oxígeno aumentó más todavía. Orientándose por tan rico aroma, Snkrak caminó hasta que se detuvo a pocos pasos del lugar de donde procedía el aroma que tan grato le era. No tardaría mucho en tener saciadas sus necesidades.

Lo encontró unos pasos más allá. Un ser inteligente de los que poblaban el planeta en que se encontraba, yacía en el suelo, alimentando su inteligencia por medio de una especie de estado de letargo, cuyas fases no comprendía muy bien.

Pero ahora no estaba para estudiar, sino para alimentarse. Lentamente, tanteó el terreno con su tentáculo y lo hizo ondular hacia donde dormía el hombre.

Éste se despertó, repentinamente sobresaltado por un presentimiento que no sabía a qué atribuir. Se sentó en el suelo, frotándose los ojos aún cargados de sueño. Era un vagabundo que, aprovechando el buen tiempo, se había tumbado a dormir en el suelo, en espera de reanudar su camino al día siguiente.

El vagabundo vio algo raro que se le acercaba rápidamente. De costumbre, le gustaba el vino, pero daba la casualidad que desde el mediodía no había probado una sola gota, así que no podía achacar la visión que se le presentaba ante sus ojos a un inmoderado uso del alcohol. Temiendo algo raro se puso en pie e intentó huir.

No lo consiguió. Algo le desgarró un costado. Un dolor lancinante le quemó sus nervios. Lanzó un agudísimo alarido, prestamente cortado cuando su garganta fue seccionada con la misma limpieza que lo hubiera hecho una navaja de afeitar.

* * *

Tropezando en ocasiones, Wolf corrió hacia el lugar donde escuchaba

el grito. Se alumbró con la linterna, tratando de orientarse en medio de la oscuridad.

Se detuvo a unos trescientos metros del estanque, en medio de unos campos labrados, limitados por unos setos que contenían el empuje de los vientos. El silencio era absoluto y merced al mismo pudo escuchar un sonido que le erizó el vello de la nuca.

Era como si se arrastrase una serpiente por el suelo, pero daba la sensación de ser infinitamente mayor. Guiándose por el estremecedor sonido, Wolf tanteó el terreno con el haz de rayos de su lámpara.

La detuvo en un punto y al instante sintió que las rodillas le entrechocaban. ¡No, aquello no podía existir! ¡Era demasiado espantoso!

Pero, sin embargo, existía. Vivía y con inteligencia además, porque Wolf podía percibir claramente en su interior, una densa oleada de odio perverso que partía del cuerpo de aquel maligno ser que le contemplaba con su único ojo —exactamente igual a como lo había captado con la cámara—, a unos cuantos metros de distancia.

Wolf advirtió también la estela plateada que dejaba el ser, que desaparecía a unos quince o veinte metros de distancia. Y aún vio algo más que le horripiló hasta el punto de convertirle las piernas en pura mantequilla.

El ser arrastraba consigo parte de los restos de un hombre completamente despojado de sus ropas. Lo que vio Wolf era la parte inferior del cuerpo: el bajo vientre y las piernas y, a medida que el monstruo ganaba terreno, aquellos restos iban desapareciendo en su interior, sin que se viera la menor abertura parecida a una boca. Simplemente, parecían entrar en su cuerpo a través de la piel que lo cubría.

El sudor corrió en arroyos a lo largo de la espalda del joven. Pero no tardó en rehacerse.

Sus presentimientos se habían convertido en realidad, una realidad viva y tangible, que se hallaba a pocos pasos de distancia. Y en su mente halló hueco para una tácita aprobación de las suposiciones del general Carrier.

Enderezó el cuerpo. Enfocó la cámara y apretó el gatillo.

Un intolerable resplandor barrió durante unos instantes las sombras de

la noche. Fue como si hubiera nacido un sol en miniatura, de una duración inferior a la milésima de segundo.

Apenas hubo impresionado la primera placa, corrió hacia su derecha, con el fin de obtener otra desde un lugar distinto. De aquellos restos humanos ya sólo se veían los pies y parte de las pantorrillas. El resto había desaparecido por completo.

Disparó otra placa. Y dos o tres más, tomando vistas del ser desde distintos ángulos. El informe que debía presentar tenía que ser completo y exhaustivo.

Lamentó no hallarse provisto de una radio portátil. Hubiera llamado a determinado sitio, desde el cual se hubiera alertado las fuerzas y elementos necesarios para atrapar vivo al ser. Ahora, quizá, perdería su rastro y…

Súbitamente, vio que, en su celo por obtener la mayor cantidad posible de información gráfica, se había acercado demasiado al monstruo. El hombre había desaparecido por completo en su interior.

Un penetrante silbido llegó a oídos del joven, en tanto que algo culebreaba velozmente hacia él. Saltó hacia atrás de modo instintivo, al mismo tiempo que, con un gesto completamente natural, abría los brazos para mantener el equilibrio.

Algo le golpeó la mano con terrible fuerza. Sintió en la muñeca un terrible dolor y, maquinalmente, empezó a pensar en la escayola que le tendrían que poner para reducir la fractura.

Pero había algo peor que una simple fractura. La cámara voló por los aires, estrellándose con tremendo golpe contra un árbol cercano. La batería que alimentaba el «flash» relampagueó y chisporroteó, en tanto que se oía una serie de crujidos estremecedores que acongojaron profundamente el corazón del joven.

Lo que le había golpeado, repitió de nuevo la intentona. Pero ahora Wolf, a pesar del dolor que sentía, se había retirado a lugar más seguro.

Permaneció allí durante largo rato, contemplando fascinado las evoluciones del monstruo, de cuyo cuerpo salían a veces sonidos que no tenían nada de humanos. Sus movimientos eran relativamente lentos con los que él podía ejecutar pero, por lo que había visto y sentido hasta el momento, el tentáculo que podía alcanzar varios metros de distancia, se desplazaba en todos los sentidos con la rapidez

del rayo.

Aún se fijó en más detalles. El cuerpo del extraño animal era de forma ligeramente redondeada por arriba y plana por la parte que tocaba en el suelo, cosa que se comprendía fácilmente viendo su estructura al parecer carente de esqueleto. Se deslizaba por el suelo sin que se le advirtiesen ondulaciones reptatorias, como las serpientes, sino, simplemente rodando sobre sí mismo, como si fuese un trozo de masa de harina antes de llevarla al horno.

Su color, a la luz de la linterna que había podido recuperar, era grisáceo, con ondulaciones cromáticas que giraban siempre en torno al violeta y que, partiendo de la parte superior, se expandían hasta desaparecer en sus bordes. El tentáculo con que le había atacado y que parecía una simple prolongación del cuerpo, estaba unido a éste como si lo hubieran fundido y se estiraba y replegaba con increíble rapidez. En su extremo tenía una especie de tenaza, provista de agudísimos y afilados dientes, en gran cantidad, de muy pequeño tamaño, pero que parecían muy capaces de seccionar la pierna de un hombre de un solo tajo.

Por último, al lado de este tentáculo se le veía otro más pequeño, que era precisamente el que Wolf había sorprendido con la cámara y que consistía en una especie de glóbulo relativamente plano, en cuyo centro se veía una esferita de color violáceo oscuro, que emitía amenazadores destellos. Wolf entendió que debía ser el ojo de aquel cíclope de nueva especie y el tiempo, efectivamente, acabaría por confirmar tal hipótesis. Su tamaño no era demasiado grande: metro y medio de ancho, por dos y medio de largo y sesenta centímetros de altura, y se deslizaba por el suelo a una velocidad que el joven calculó en dos kilómetros a la hora como máximo. No era peligroso si no se estaba al alcance del tentáculo, pero si uno caía en poder de la tenaza, su fin era inevitable.

La muñeca le dolió repentinamente cuando quiso hacer un movimiento imprevisto. Se retiró precavidamente cuando el monstruo reptó hacia él y, después de un simple aperitivo para el hambre tan devoradora que regresó.

En junto, no había tardado en todo aquello más de dos horas. Regresó al pueblo, metiendo la mano entre dos botones de la camisa para aliviar el dolor, en tanto buscaba un médico que le examinara el miembro lesionado.

Encontró a sus tres amigos, esperándole muy impacientes en el lugar

de costumbre. Rube debía de haberles contado algo, porque Arminda le salió al encuentro con vehemencia no disimulada.

Wolf aparecía muy pálido, aunque dueño de sí mismo.

—Necesito un médico inmediatamente. Tengo la muñeca lesionada, no sé si fracturada.

—¿Qué te ha sucedido, Wolf? —preguntó ella, angustiada.

—Luego te lo contaré, querida. Rube, ¿guardas todavía aquel sobre que te entregué?

—Por cierto que sí —contestó el muchacho, muy sorprendido.

—Bien. No lo dejes ni lo abandones por nada del mundo. Defiéndelo, aunque sea a costa de tu vida. Irina, tú tienes una cámara con «flash».

—Sí, Wolf.

—La mía se ha inutilizado totalmente. Ve a recogerla y vuelve a mi apartamento. Acompáñala, Rube. Ah, de paso, envíame a un médico.

—Sí, Wolf.

Cuando los dos jóvenes se hubieron quedado solos, Arminda miró aprensivamente al agente secreto.

—Wolf, ¿qué sucede? Me estás alarmando.

Él le palmeó suavemente el hombro con la mano sana.

—Por ahora, nada de particular, sino que mañana, tal vez pasado, los periódicos anunciarán una nueva desaparición.

Ella ahogó un grito de espanto.

—Wolf, ¿cómo lo sabes?

—Es algo largo de contar y éste no es el mejor sitio. Vamos a mi alojamiento. Tengo que telefonear y no quiero hacerlo desde ningún lugar público.

Arminda asintió, tomando el brazo de Wolf para ayudarle a caminar. Mientras lo hacían, él preguntó:

—Creo recordar que eres doctora en Biología del Espacio.

—De sobra lo sabes, Wolf.

—Es cierto. Bien, creo que tendré un trabajo para ti, por cuenta del gobierno.

—¡Wolf! —exclamó ella, muy sorprendida.

Y luego recordó que él había dicho siempre que era escritor.

—No tengo tiempo ahora de contarte muchas cosas, Arminda. Lo de escritor es solamente una pantalla para encubrir mis verdaderas actividades, que, por supuesto, no son delictivas en absoluto. A ti, sin embargo, como a Rube y a Irina, se os puede confiar la verdad de las cosas. Sois ponderados y de espíritu equilibrado y no daréis cuatro cuartos al pregonero cuando os enteréis de la verdad.

—Me asustas, Wolf —comentó ella, nerviosa—. ¿Acaso se trata de una guerra con...?

—¿... los orientales? —rió él—. Oh, no, en absoluto. En cierto modo, ojalá lo fuera. Al menos —agregó ya con acento sombrío—, sabríamos a qué atenernos.

Y ya no quiso hablar hasta hallarse en el apartamento en que vivía.

Rube obró maravillas, pues el médico llegó pisándoles los talones. Después de un breve reconocimiento, llegó a la conclusión de que solamente se trataba de una dislocación que redujo allí mismo, vendando luego fuertemente el miembro afectado. Mientras lo hacía, llegaron Rube e Irina, cada uno con lo pedido.

—Sirve bebidas mientras tanto —dijo Wolf, yéndose hacia el teléfono.

Marcó un número.

—Deme París INV-78-D-405 —pidió.

Bebió un sorbo de coñac, en tanto le concedían la comunicación. Prendió luego un cigarrillo, en medio de la expectación de los presentes, y apenas lo había hecho sonó la campanilla del teléfono.

Habló breve y concisamente, exponiendo la realidad de los hechos, entre el pasmo y el estupor de su reducido auditorio. Recibió órdenes y, después de tomar algunas notas, dijo:

—He reclutado tres personas para que me ayuden, con el carácter de agentes eventuales. Supongo que no tendrán inconveniente en aprobar

el nombramiento.

—¿Quiénes son? —le preguntaron.

—Una de ellas es la doctora Arminda von Friecke, bióloga espacial. El otro es un amigo personal mío, Rube Mackay, técnico en comunicaciones y luego ésta, la teniente astronavegadora Irina Kirilovna. Garantizo su capacidad y, por supuesto, su confianza y discreción.

—De acuerdo —le respondieron—. Actúe mientras tanto como le hemos dicho y ténganos al corriente de lo que suceda. Enviaremos inmediatamente los expertos necesarios a esa zona para investigar en lo que proceda.

—Perfectamente. Sería necesario también algún experto en relaciones. Tendrán que ponerse en contacto con las autoridades locales si la cosa se extiende, y si se actuase sin el debido consentimiento podrían surgir dificultades que luego serían muy difíciles de soslayar.

Colgó el teléfono y miró a sus amigos.

—Ya estáis enterados, en la mayor parte, de lo que sucede. Parece absurdo, tonto, fantástico, si se quiere; pero, sin embargo, es absolutamente cierto. Yo —y recalcó el pronombre—, lo he visto. Y si no ando vivo, el monstruo me devora como devoró a ese desgraciado vagabundo, y a Mado Reguant y a Miquelon Debras. Ahora, lo interesante es cortar su carrera de crímenes antes de que sea demasiado tarde.

Arminda consultó su reloj.

—Son ya cerca de las dos de la madrugada. ¿Crees que aún podemos lograr algo positivo?

—Llegar al lugar donde yo lo vi es fácil y sólo nos costará una hora escasa. Antes de que sea demasiado tarde, debemos destruir al monstruo e impedir que se divida nuevamente en dos.

Un helado escalofrío le recorrió la espalda.

—¡Cielos! Si siguieran así, en seis meses podrían cubrir la faz del planeta.

—¿Estás seguro de que se dividió en dos, Wolf? —preguntó Arminda.

—Puede que me haya equivocado, pero las huellas así lo denotan. Es un rastro inconfundible, con el que no hay posibilidad de error.

Salieron de casa, provistos de antorchas eléctricas y un par de pistolas los hombres, encaminándose a la colina donde aquella tarde habían estado Wolf y Arminda.

Llegaron a ella cuarenta y cinco minutos después.

—A partir de ahora, iremos en fila india. Las mujeres en el centro. Yo en la cabeza y Rube en la retaguardia. Irina, tú ten preparada la cámara para dispararla apenas te lo indique.

Con la pistola en la mano, Wolf caminó, procurando seguir la misma ruta que había llevado por la tarde. Al llegar al límite del grupo de olmos, se detuvo.

Escrutó el terreno. La oscuridad era bastante grande por lo que, después de colocarse la pistola en la pretina del pantalón, pidió una linterna.

Encendió la lámpara. Era muy potente y alcanzaba un radio de veinte o más metros.

—¡Mirad! ¡Allí está mi cámara! —exclamó, señalando un informe montón de hierros y vidrio.

Reanudó su camino, rastreando cuidadosamente el suelo. De vez en cuando, lanzaba un rápido chorro de luz en torno a él, lo mismo que Rube, sin que el éxito alcanzara sus esfuerzos.

Tuvo que pasar bastante rato antes de que se convencieran de que, por el momento, habían fracasado. No se veía el menor rastro de aquella bestia informe; ni siquiera la conocida estela fosforescente aparecía por ninguna parte.

Sin embargo, Wolf, antes de darse por vencido, aun después de que el sol había salido ya hacía rato, presintió que el animal no estaba lejos. Notaba en el ambiente una invisible onda de odio y repulsión como la que ya había advertido aquella tarde, pero, por más que lo intentó, no logró dar con la fuente de aquellas emisiones.

Fracasados, cansados y descorazonados, desistieron de sus pesquisas y se retiraron a sus respectivos alojamientos.

CAPÍTULO VI

Sucedieron más desapariciones, todas tan misteriosas como las anteriores, y la gente, lógicamente, empezó a alarmarse.

Estas desapariciones, ya no se limitaron a la aldea de pescadores franceses, ni a Kushiro ni a Khirma, sino que sucedieron en lugares relativamente alejados de ellas, en un radio de unos ciento cincuenta kilómetros de distancia.

El suceso, multiplicado por varias docenas, fue ganando terreno paulatinamente en el interior de los periódicos, hasta saltar a la primera página. Diariamente se sucedían tales desapariciones, hasta que la cosa, se quisiera o no, empezó a trascender lo suficiente como para que la opinión pública se interesara por ella.

Al mismo tiempo, en la Central del Servicio Secreto se recibieron informes de que en la región de Kinsiang sucedía lo mismo. El embajador de la Liga Oriental recibió instrucciones de formular una reclamación en la sede del gobierno occidental, acusando a éste de haber lanzado un proyectil con animales misteriosos que engullían a la gente sin dejar otro rastro que sus ropas y pertenencias, y el Honorable Wat-Tsen-Fu se dispuso a hacerlo.

Antes, sin embargo, de que pudiera cumplimentar lo dispuesto por su gobierno, recibió contraorden. El gobierno de la Liga Oriental recibió informes fidedignos de que los sucesos de que se quejaban los periódicos occidentales eran ciertos y que no se trataba de una cortina de humo con la cual encubrir sus propios «crímenes» contra el pueblo chino, por lo que en lugar de actuar de aquella manera, decidió descubrir el misterio de aquellas desapariciones.

La gente empezó a alarmarse, especialmente cuando se dio cuenta de que no sólo se esfumaban las personas, sino también los animales, domésticos o no. Los cazadores de la región sudoriental francesa dieron grandes batidas sin hallar nada positivo, pese a sus esfuerzos, recibiendo en cambio, como premio, la pérdida de alguno de los expedicionarios, desaparecido sin dejar otro rastro que su ropa y sus armas.

Del otro lado de la frontera española llegaron noticias análogas y el estupor llegó al colmo cuando se supo de sucesos similares en Clermont Ferrand, ya muy al norte del lugar en donde había

comenzado la cosa.

En su cuartel general, el general Carrier y su ayudante comentaron el asunto, muy preocupados. Las desapariciones se sucedían ahora a un ritmo de media docena diarias, sin contar las de las bestias y sin que se pudiese apreciar las de los animales que vivían en libertad, naturalmente, por no estar controlados.

Carrier miró el mapa que tenía frente a sí, y en el cual se habían clavado banderitas que señalaban el lugar de la infección. Había muchas alrededor de la aldea donde Wolf se encontraba y luego su densidad iba disminuyendo en forma radial, con algunas sueltas en lugares tan distantes como Draguignan y Tarragona, más o menos en la costa, y Andorra y Clermont Ferrand hacia el interior.

En el Japón sucedía lo mismo. Desapariciones de personas, a las tres semanas de ocurrida la de Miquelon Debras, se habían registrado en todo el territorio de la isla de Yeso y en la cuarta semana, diez personas pasaron a las páginas de los diarios como desaparecidas en Hachinoche y Akita, ya en la isla mayor del país, la de Hondo o Nipón.

En Kinsiang, el pánico empezaba a cundir, pese a los esfuerzos de las autoridades. En la quinta semana, se notaron los efectos en lugares tan distantes de Qara Sahr como Makhai, a 600 kilómetros al sureste; en la depresión de Tarfan, a unos 225 kilómetros al noreste y en Muzart, ya en la frontera rusa, al oeste. La sexta semana, los alrededores de Alma Ata, el poderoso emporio industrial ruso, empezaron a notar desapariciones de personas en sus suburbios.

Las banderitas aumentaron en el mapa del general, en cuya frente se veían hondas arrugas causadas por la preocupación.

—Hace un año —dijo apagadamente—, tuvimos motivos para suponer que aquellos tres OVNI no eran terrestres. Ahora lo sabemos positivamente.

—Y sus tripulantes desembarcaron, los cuales nos están comiendo de una manera que no deja lugar a dudas —comentó el coronel.

Carrier se frotó la mandíbula.

—Han pasado ya seis semanas desde la primera desaparición. Pues bien, todavía no sabemos cómo son esas bestias. Es cierto que poseemos una fotografía, obtenida por el agente Young, pero sólo podemos apreciar en ella un fragmento del ojo de la bestia. También

tenemos una descripción verbal de su aspecto, pero ¿qué más sabemos? Fue una verdadera lástima que el animal destrozara la cámara del agente. De esta forma, podríamos tener una información más completa acerca del mismo.

—Sí —dijo el coronel—; sabemos más cosas. Sabemos que esa o esas bestias devoran enteras a sus presas, ingiriéndolas a través de su epidermis, y sabemos también que se reproducen por partenogénesis, es decir, dividiéndose en dos, simplemente, como si fuera una vulgar célula viva.

—¿Sabemos esto último o lo suponemos, Shinley? El único hecho en el que podemos basarnos es la información del agente Young. Vio que el rastro que deja el animal se dividía en dos, formando una Y muy abierta. Pero no es más que una hipótesis, todavía no confirmada.

—Las muertes lo confirman, señor. Según parece, en la aldea francesa sólo desembarcó un animal. Basta que éste se haya divido en dos para que siga dando origen a una infinidad de congéneres suyos, que pueden reproducirse hasta el infinito.

Carrier se estremeció.

—Hasta borrar la raza humana de la superficie de la Tierra —murmuró.

Un oficial de enlace penetró en la estancia. Traía un fajo de papeles en las manos.

—Informe de las doce últimas horas, señor —dijo.

—Léalo, teniente.

—Se han registrado desapariciones en la Costa Brava española, llegando muy al interior del país, concretamente a las provincias de Soria y Burgos al oeste y hasta Valencia por el sur. En Francia —a medida que el teniente hablaba, Shinley iba clavando banderitas en los puntos señalados—, los informes hablan de gentes afectadas en Calais y Le Havre. Italia sufre también los efectos. Pavía, Milán y Bérgamo acaban de notificar más desapariciones.

—¿Y en el Japón? —preguntó el general.

—Han llegado ya a Shizuoka.

—Eso está a ciento cincuenta kilómetros al sur de Tokio, señor —dijo

Shinley, clavando la banderita correspondiente.

Carrier golpeó la mesa con el puño.

—¡Y nadie ha conseguido verlos todavía!

Sonó el zumbador del intercomunicador. Carrier pegó un manotazo a la palanquita de conexión.

—General Carrier al habla.

—Señor, acaba de llegar un radiograma. Dover registra media docena de desapariciones.

Carrier y Shinley se miraron, consternados.

—Creíamos que el Canal iba a salvar a los ingleses.

—Por lo visto, esos seres no se detienen ante nada.

Cerró la comunicación.

—Está bien, teniente, retírese.

—Sí, señor.

Shinley plantó otra banderita en Dover, en la costa inglesa.

—¿Habrán pasado nadando bajo el mar?

En aquel momento se oyó el suave zumbido de un motor. Carrier miró por la ventana y vio un vertiplano que aterrizaba en aquellos instantes en el gran patio del edificio.

Tres hombres salieron de él, cruzando inmediatamente la explanada y dirigiéndose hacia el portón de entrada, donde los dos P.M. que estaban de guardia les saludaron rígidamente.

Uno de ellos vestía ropa civil y otro iba de uniforme, con las insignias de general en las hombreras. El tercero vestía también de uniforme, pero en su guerrera no se veían galones de ninguna clase.

—¡Cielos —exclamó Shinley—: el embajador oriental!

Los tres hombres penetraron momentos después en la habitación. Uno de ellos era el Secretario de Defensa, con su ayudante, el general Magruder. Entre ellos venía el Honorable Wat-Tsen-Fu, con una

cartera de cuero en las manos.

—Hola, general —saludó el Secretario Warren—. Le presento al embajador de la Liga Oriental, el Honorable Wat-Tsen-Fu. Mi ayudante, el general Magruder.

Carrier hizo sendas inclinaciones de cabeza, saludando a los recién llegados. Shinley dispuso sillas y, a través del intercomunicador, pidió bebidas.

Cuando las hubieron servido, Warren empezó a hablar.

—Al cabo de seis semanas, la situación se está poniendo grave, general —y miró al mapa, cubierto en algunos lugares de banderitas rojas—. ¡Caramba! Veo que Inglaterra está también afectada.

—Sí, señor; el informe ha llegado hace un par de minutos.

Warren torció el gesto.

—Eso quiere decir que dentro de poco los tendremos aquí. Bien, lucharemos contra ellos.

El general ayudante observó:

—Es un poco difícil de hacer. No los conocemos, no los hemos visto y no sabemos cómo actúan. ¿De qué manera vamos a luchar contra un enemigo que reúne todas esas cualidades?

—De alguna, general, no hay que desanimarse. Entretanto, el embajador tiene algo que decirle.

Carrier miró al aludido. Éste abrió la cartera y sacó unos papeles.

—Hasta ahora —dijo en un inglés muy fluido—, hemos guardado el secreto de cuanto sucede en nuestro país. En un principio creímos... ¡ejem! bien, que se trataba de alguna maniobra... bueno, ustedes ya me entienden.

—De sobra, señor —dijo Carrier, sin poder disimular un leve acento de dureza en su voz.

Wat-Tsen-Fu hizo caso omiso del reproche que encerraba la breve frase de Carrier. Dijo:

—Estoy autorizado por mi gobierno para comunicar los informes acerca de los puntos donde se han observado desapariciones en mi

país. Debo añadir que en algunos lugares ha surgido el pánico, pero nuestras fuerzas de seguridad, afortunadamente, han sabido contenerlo.

Carrier cerró un instante los ojos, imaginándose la forma en que la policía y los soldados chinos habrían «contenido» a las muchedumbres en desbandada.

—Siga, siga, señor. Su relato es muy interesante.

—Bien. Veo que ustedes colocan banderitas en el sitio donde se registran desapariciones. Yo les diré los lugares de nuestro país en donde han ocurrido sucesos similares.

—Shinley, tome nota.

El coronel cogió una cajita llena de alfileres con banderitas y se dirigió al mapa. Wat-Tsen-Fu, entonces, leyó una serie de nombres, de modo pausado, con el fin de que el coronel pudiera seguirle.

Al terminar, pudo verse que toda la región de Kinsiang estaba «enferma». Las banderitas del oeste enlazaban con las del este ruso y afgano, pasando, incluso, a Cachemira, hacia el sur.

Sonó el intercomunicador.

—Último informe, señor. Se han registrado desapariciones en Karaganda.

Una banderita roja fue clavada al noroeste del Lago Balkhash. Carrier torció el gesto.

—Están adentrándose en Rusia —murmuró.

De nuevo sonó el intercomunicador.

—Llamada para el embajador oriental —dijo el operador.

Tsen se levantó, acercándose al aparato.

—¿Sí?

—Un mensaje de su embajada, señor.

—Ábralo y, si no viene cifrado, léalo.

—Un momento… Señor, ha habido desaparecidos en Chakia.

—Gracias —y el chino miró el mapa. Con el ceño fruncido, dijo—: Eso está a orillas del Lago Tsing Hai, a más de mil quinientos kilómetros del lugar donde sucedió la primera muerte.

Warren lanzó un silbido y se puso en pie, acercándose también al mapa.

—Se dan prisa esos condenados en engullir a la gente. Carrier —se volvió hacia éste—, ¿qué podemos hacer?

El general se encogió de hombros.

—No soy hombre de subterfugios, señor. Francamente, no lo sé.

Warren miró ahora al chino.

—Su país debería enviar algún plenipotenciario para tratar con nosotros del asunto. La cosa está pasando ya de la raya. Puede que me considere usted un aprensivo, pero creo que nos enfrentamos a un peligro gravísimo, tanto que puede, incluso, entrañar nuestra desaparición como raza. Es por esto que debemos unir nuestros esfuerzos, olvidando, siquiera sea momentáneamente, pasadas desavenencias. Juntos, somos una potencia formidable que está en condiciones de luchar contra cualquier enemigo, venido del exterior, no importa cuáles sean su fuerza y armas. Separados, pereceremos indefectiblemente. Esto es lo que usted debe hacer comprender cuanto antes a su gobierno, como yo lo haré con el mío.

Warren hizo una pausa y chupó el cigarro.

—Estamos en el comienzo. El árbol torcido se endereza cuando es joven. Después, crece cómo y hacia dónde le da la gana.

Tsen se inclinó.

—Una metáfora muy aceitada, Secretario. Particularmente, estoy de acuerdo con sus manifestaciones y así lo haré saber a mi gobierno. Yo...

Sonó el intercomunicador. Carrier se precipitó a abrirlo.

—Diga —rugió.

—Informe de la costa mediterránea, señor. Han sido vistos los monstruos del espacio.

—¡Por fin! Siga, diablos.

—En Perpignan, un grupo de voluntarios consiguió acorralar a tres de los animales, atacándolos con escopetas y fusiles.

—¿Los mataron?

—En absoluto, pese a haberlos llenado de plomo. Los animales recibían las balas y al cabo de unos minutos las expulsaban tranquilamente.

Carrier sintió que un sudor frío le corría por la espalda.

—¡Dios de Abraham! —exclamó—. ¿De qué clase de carne están hechas esas bestias? ¿Qué más dice el informe?

—Decidieron atacarlos con latas de petróleo que les arrojaron encima. El petróleo ardió; los monstruos no.

Todos cuantos estaban allí se miraron consternados. Carrier volvió a hablar por el intercomunicador.

—¿Y qué más?

—En vista de que todos sus esfuerzos fracasaron, decidieron cercarlos con una fuerte barricada. La destruyeron. Espantados, los campesinos optaron por huir.

Se cortó la comunicación.

—No les censuro —dijo el Secretario—. Posiblemente yo hubiera hecho lo mismo.

—No se les puede destruir —murmuró Carrier con voz átona.

Inmediatamente volvió a sonar el zumbido del intercomunicador.

—Atiéndalo usted, Shinley.

El coronel asintió. Movió la palanquita.

—Hable.

—Informe del puesto R-60, señor.

—Longuy, cerca de la frontera luxemburguesa. Continúe.

—Un monstruo apareció repentinamente cerca de una batería de piezas anticarro que hacía maniobras. En vista de que los proyectiles

de fusil no le causaban la menor impresión, el comandante de la batería decidió dispararle un cañonazo. El monstruo saltó hecho pedazos.

—¡Vaya —exclamó Warren—, hemos conseguido deshacer uno!

—Los pedazos —siguió fríamente el informador—, se reunieron poco después.

Carrier se desplomó en su sillón, ocultó su cara entre las manos.

—Ni el fuego, ni las balas, ni los proyectiles de artillería. ¿Tendremos que emplear una bomba atómica por cada una de esas bestias?

—Conviene no desanimarnos. Si lo hacemos así…

Nuevamente llegó otro informe.

—En Melun, Francia, un monstruo surgió de repente ante unas obras de explanación que se estaban haciendo para una nueva autopista. Los obreros huyeron, pero uno de ellos, el más decidido, que se encontraba a cargo de la excavadora, fue hacia él, atrapándole con las tenazas de la pala mecánica. Lo levantó en el aire —calcula su peso en dos toneladas y media—, pero el animal mordió el hierro con su tentáculo y consiguió liberarse, avanzando por el brazo hacia la cabina. El operario tuvo que huir.

—¡Se comen el hierro!

Hubo una pausa de tenso silencio.

—¡No podremos hacer nada contra ellos!

—Serénese, general. Algún medio debe existir para combatirlos —dijo el Secretario—. Si son seres vivientes, inexorablemente son mortales. Lo que interesa ahora es hallar el medio para darles muerte. Y lo hallaremos, no le quepa la menor duda.

El intercomunicador no paraba.

—¿General Carrier?

—Sí, el mismo.

—Informe del agente Young. Dice que ha conseguido un film completo de uno de los monstruos y que lo envía por avión especial. No ha podido capturarlo, pero consiguió tomar unas vistas muy interesantes

del mismo. Unos quinientos metros de película.

El rostro de Carrier, y de los que se hallaban allí presentes, se iluminó.

—¡Magnífico! —exclamó el primero.

CAPÍTULO VII

Los cuatro amigos se abrieron paso con dificultad entre la espesa multitud que llenaba las calles de la ciudad.

Paracaidistas con uniforme de campaña trataban de mantener un simulacro de orden en tanto que la policía encauzaba a los fugitivos hacia lugares menos concurridos. Los rostros de las gentes se veían serios, ceñudos, y en muchos de ellos se advertía el pánico más desbordado.

Se oyó el ulular de una sirena. Un coche de bomberos pasó a toda velocidad hacia un punto en donde se advertía una espesa columna de humo.

El suelo estaba nauseabundantemente sucio. Papeles, trastos viejos, restos de muebles arrojados por sus dueños en la frenética huida, incluso animales domésticos abandonados. Sin que nadie se preocupara de darles de comer, vagaban por todas partes buscando ansiosamente un poco de alimento.

Rube se inclinó y atrapó una gallina sin dueño. Le retorció el pescuezo y luego se la colgó del cinturón.

—Por lo menos —dijo—, la cena está garantizada.

Un par de jóvenes enloquecidos quisieron asaltar el «jeep» en que viajaban. Rube les golpeó con la culata de su metralleta, sin piedad, y los muchachos se desplomaron. Nadie pareció ocuparse de ellos.

Wolf, que conducía, hacía sonar insistentemente la bocina del vehículo. Carruajes de todas clases, de los cuales jamás se hubiera creído su existencia, rodaban en dirección al interior, donde las noticias, aunque alarmantes, lo eran menos que en la zona costera, en la que las desapariciones abundaban enormemente.

—¿Es que no vamos a poder llegar nunca a la carretera general? —rezongó Rube.

Volvió a inclinarse y un soberbio ganso pasó a enriquecer su despensa.

Una mujer clamó algo, levantando los brazos al cielo. A su lado se veía el cuerpecito de un niño de pocos meses, con la cabeza doblada en un ángulo extraño. Un hombre, a su lado, sollozaba quedamente.

Wolf empujó con el morro del «jeep» una vaca que se mostraba reacia a apartarse del camino. El animal lanzó un sonoro mugido de protesta y se hizo a un lado, meneando la cola pesadamente.

—Si no tuviéramos tanta prisa —dijo Rube—, la ordeñaríamos. Tiene las ubres repletas.

Una barrera les salió al paso. Había alambradas y reflectores, apagados en aquel momento porque aún era de día. Un paracaidista, metralleta al puño, levantó la mano y Wolf aplicó el pie al freno.

Un sargento se les acercó, pidiéndoles la documentación. Wolf sacó una tarjeta de color ámbar.

El suboficial la leyó y luego la devolvió a su dueño. Agitó la mano y los soldados al cargo de la barrera, la levantaron.

El «jeep» continuó su camino, ahora con más rapidez. Había, sin embargo, numerosos vehículos, arrastrados por toda clase de bestias unos y mecánicos los otros. Podía impedirse la salida a un automóvil, pero era más difícil hacerlo con los carros, ya que era totalmente imposible cercar con un cordón de tropas cada ciudad o cada aldea. Y los carros podían pasar por lugares inaccesibles para los automóviles.

Al cabo de un rato, los vehículos fueron escaseando hasta hacerse invisibles. La carretera estaba totalmente despejada y ahora el «jeep» podía correr a noventa por hora, a pesar de que, de vez en cuando, tenía que sortear algún obstáculo inesperado: un auto volcado y abandonado por sus dueños o un carro cruzado en el camino, sin ocupantes en su interior.

Vieron más de un cadáver que se pudría al sol, sin que nadie se ocupara de enterrarlo. Arminda apartó la vista con repugnancia.

Las dos muchachas llevaban sendos pañuelos a la cabeza, para proteger sus cabellos del viento. Arminda e Irina iban en el asiento posterior, en tanto que los dos hombres iban delante. Se dirigían a

París, donde se habían centralizado, en Europa, todos los servicios de defensa contra los monstruos.

—La gente —comentó Rube en alta voz—, no atiende a requerimientos. Huye de las ciudades cuando lo que debiera hacer es quedarse en ellas. Los monstruos no han atacado aún en las aglomeraciones urbanas.

—Cuando el pánico cunde, la mente deja de razonar —masculló Wolf—, y es inútil cualquier recomendación en ese sentido.

—El caso es, que a los dos meses de ocurrida la primera desaparición, Francia está casi invadida. Y lo mismo sucede con media península italiana. En España los monstruos han llegado a la costa atlántica, aunque el sur se ha visto, por ahora, prácticamente libre de sus ataques.

—Sí —dijo Rube—; pero ayer llegaron a Lisboa.

—Lo que me pregunto yo —dijo Wolf—, es cómo han podido pasar a Inglaterra. ¿Por el fondo del Canal?

Arminda echó el busto hacia adelante.

—Así mismo, Wolf.

El joven la miró a través del retrovisor.

—Muy segura estás de ello.

—Una simple deducción, Wolf. ¿Recuerdas cuando su nave cayó, destrozándonos la canoa? Pues bien, la nave debió hundirse hasta el fondo y el monstruo tuvo que salir de ella. En aquel lugar, el Mediterráneo alcanza varios centenares de metros de profundidad. Por la descripción que me has hecho de él, no puede volar ni aun siquiera andar. Por tanto, su medio de locomoción es un simple deslizamiento.

Rube lanzó un resoplido.

—¡Vaya! ¡De modo que cruzó a pie el Canal de la Mancha!

Irina soltó una carcajada.

—Un solo pie, pero muy grande —dijo, y su buen humor pareció contagiarse al resto de la expedición.

Súbitamente, Wolf aplicó el freno.

—¿Qué sucede? —preguntó Arminda, muy alarmada.

Cuando el joven hubo detenido el coche, se volvió hacia ella, mirándola fijamente.

—Antes hablaste del día en que la nave cayó en el mar.

—Sí, pero, ¿qué tiene que ver...?

—Muchísimo —dijo Wolf con amargo tono—. Muchísimo. Tanto, que no sé cómo podemos llamarnos seres con inteligencia. Vamos a ver, ¿a quién se le ha ocurrido hasta ahora rastrear aquel lugar? Hay naves especiales, dotadas de los garfios necesarios y de máquinas suficientemente potentes como para izar un submarino a la superficie. ¿Qué es lo que se ha hecho en tal sentido?

—¡Es verdad! —exclamó Irina—. Si hubiesen extraído la nave, hubiéramos podido adelantar mucho para la defensa.

Wolf prendió fuego a un cigarrillo.

—Debiéramos enviar un mensaje al Centro de Defensa Europeo. El arsenal de Tolón tiene los medios suficientes para hacerlo. Rube, llama a París.

—Al momento —y el joven se inclinó hacia adelante, manipulando en el potente transmisor de que el «jeep» estaba dotado, hizo girar el dial hasta conseguir la microonda a ellos reservada y pronto obtuvo la comunicación.

Entonces pasó el teléfono a Wolf. Éste habló extensamente durante unos minutos, al cabo de los cuales cortó la comunicación.

—Ya está —dijo—. Ahora mismo pasarán la orden al jefe de las fuerzas nava...

Un penetrante grito de Arminda le interrumpió. Se volvió en el asiento como picado por un áspid.

Ella señalaba:

—¡Allí, Wolf!

Miró en la dirección que le señalaba la muchacha. Se estremeció.

Fuera de la carretera, a unos treinta metros de distancia, una masa grisácea, dotada de un largo tentáculo en su cúspide, avanzaba hacia

ellos.

Snkrak tenía hambre de oxígeno. Hacía días que no comía nada y en aquellos momentos, especialmente, lo necesitaba más que nunca. Los seres de estructura vertical escaseaban mucho últimamente, en tanto que los de inferior clase —animales silvestres— dotados de un poderoso instinto, rehuían ahora sus proximidades.

Su órgano olfativo le dijo, sin lugar a dudas, que allí cerca tenía alimento. A pesar de que su razón le decía que sólo debía actuar en circunstancias muy favorables —de noche, por ejemplo— el hambre y la necesidad eran más fuertes. Claro que se apoyaba en el poder de su estructura orgánica, ya que sabía, por propia experiencia, que los seres inteligentes que poblaban el planeta, carecían de armas que pudieran destruirle.

Le habían arrojado proyectiles que luego había devuelto sin el menor daño. Había sido rociado con un líquido inflamable que al arder le causaba alguna molestia en su epidermis, pero la cosa no había pasado de ahí. Y no esperaba que ahora, aquellos a quienes pensaba atacar, dispusieran de ningún arma capaz de matarle. Pero… ¡aquellos dolores!

Wolf oyó el apagado y siniestro tableteo de las tenazas que se movían al extremo del cimbreante tentáculo. Se estremeció, pero enseguida recobró la iniciativa.

—¡Todos fuera del «jeep»! —ordenó—. Irina, la cámara.

La rusa saltó fuera, con una cámara cinematográfica en la mano. Rube tenía la «Superleica» del joven, en tanto que éste, a pesar de que sabía que todo era perfectamente inútil, mantenía una metralleta firmemente cogida con ambas manos.

—Procurad no acercaros al monstruo —dijo—. Manteneos siempre fuera del alcance de su tentáculo o no podréis contarlo.

Arminda se volvió de pronto hacia el «jeep».

—¡Eh —protestó alarmado Rube—; que es nuestra cena!

—Déjame —dijo la muchacha—, quiero ver cómo devora a los animales.

Estudió durante unos instantes la dirección de la marcha del monstruo y luego arrojó el ganso muerto hacia la misma.

El ave cayó a una docena de metros del animal, que parecía una ostra gigantesca. Snkrak avanzó y luego inclinó el tentáculo, tomándolo con las tenazas.

Mientras tanto, Irina no perdía un solo de los movimientos del animal, siguiéndolo implacable con el objetivo de la cámara.

El ganso muerto ondeó durante unos instantes a cinco o seis metros de altura. Luego, con brusco movimiento, fue arrojado a lo lejos.

—¡Caramba! —exclamó Rube—. ¡Tendrá el estómago sucio!

Wolf sonrió ante la salida de su amigo, pero sin quitar los ojos de la bestia, percibiendo, como en veces anteriores, las emanaciones de odio que brotaban de la misma. El ojo del animal, al extremo de un más corto tentáculo que mediría metro y medio, se balanceaba lentamente de derecha a izquierda, como si quisiera estudiarlos a fondo.

Súbitamente, un nuevo personaje entró en escena. Era un perro vagabundo que surgió de un seto lejano, acercándose a aquel lugar.

El perro olfateó el ganso y se dirigió trotando hacia él.

—¡Nuestra cena! —clamó Rube desesperado, sin atreverse a cruzar al otro lado, temeroso del tentáculo del monstruo.

Se inclinó, arrojándole una piedra. El perro lanzó un gruñido de protesta y olfateó el ganso detenidamente.

Súbitamente, el can levantó la cabeza. Pareció reparar entonces en el monstruo y empezó a ladrarle furiosamente.

El perro estaba muy excitado y sus ladridos alcanzaban un volumen ensordecedor.

—Irina, no te pierdas la escena —recomendó Wolf.

La rusa asintió. El perro, enloquecido, se acercaba cada vez más al monstruo.

El tentáculo cayó de pronto, golpeando con la velocidad del rayo. Sus tenazas atraparon el cuerpo del can, levantándolo en alto. Los ladridos de ira adoptaron ahora un tono de insufrible dolor.

El cuerpo del animal fue casi seccionado en dos, en tanto que su sangre corría a todo lo largo del tentáculo. Luego, éste se curvó sobre

sí mismo y aplicó el perro contra uno de sus costados. El animal había cesado ya de moverse.

Los ojos espantados de los cuatro amigos presenciaron un espectáculo tan increíble como espeluznante. La cabeza del perro desapareció en el interior del cuerpo del monstruo, sin que en éste se abriera ningún orificio para darle paso. Simplemente, lo atravesaba.

El perro desapareció en contados segundos de la vista de los cuatro jóvenes. Incluso la sangre derramada por el can fue absorbida por la, al parecer, insaciable epidermis de la bestia.

—¡Dios mío! —exclamó Arminda, sintiendo que las piernas le temblaban—. Esto es increíble.

—Así se explica uno las desapariciones. No queda ni el menor rastro de quienes han sido atacados por un monstruo como el que estamos viendo. Irina, ¿sigues filmando? —dijo Wolf.

—Sin perder detalle. Tú dirás cuándo debo cortar.

—¡Mirad! —exclamó Rube.

Todos fijaron la vista en el punto que señalaba Rube. Estaba en uno de los «costados» del monstruo y semejaba una protuberancia como si fuera un forúnculo de gran tamaño.

—¿Le irá a salir un nuevo tentáculo? —murmuró Irina.

Lo que salió fue algo muy distinto y completamente inesperado: el collar del perro.

—¡Vaya! —resopló Rube—. Le resultó indigesto.

—No —dijo Arminda profundamente pensativa—, no es indigesto para él; simplemente, lo rechaza.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Wolf.

—Ese animal sólo quiere presas vivas. Fijaos en que antes rechazó el ganso, pese a llevar muerto menos de dos horas. En cambio, el perro le ha sentado estupendamente. El collar es de cuero, es decir, de una materia orgánica, pero muerta. Por eso lo devuelve, y no digamos ya de los clavos de hierro del collar.

—Eso es muy interesante —dijo Wolf—. Así ya sabemos a qué atenernos. Ahora, ¡cómo me gustaría atraparlo vivo!

—¿De qué forma?

Wolf pensó desesperadamente, sin encontrar, por el momento, ningún medio que le hiciese triunfar en sus propósitos. El monstruo se desplazaba ahora en su dirección y se vieron obligados a retroceder unos cuantos metros.

—Rube, saca el «jeep» de donde está. El monstruo se dirige hacia él y lo que menos nos conviene es quedarnos sin medio de locomoción.

De pronto oyó un grito. Lo había lanzado Irina.

—¡Mirad!

Volvió la vista. El monstruo se había detenido y replegaba sus tentáculos, hasta hacerlos desaparecer por completo. Se inmovilizó.

—¿Qué va a hacer ahora? —exclamó Rube, que se les había reunido, después de alejar el «jeep» a una distancia prudencial.

Una fina raya de color anaranjado apareció en el cuerpo de la bestia surcándola en sentido longitudinal. Salvo por leves ondulaciones en su epidermis, que más parecían crispaciones nerviosas, su quietud era absoluta.

La raya se ensanchó hasta alcanzar unos veinticinco centímetros. Emitía una especie de fulgor fosforescente, visible aun en pleno día, con ciertas alternativas de intensidad, que resultaban, a un tiempo, atractivas y desagradables. Ninguno quería separar la vista de tan extraño fenómeno, pero se sentían desagradablemente impresionados por el espectáculo que estaban presenciando.

Súbitamente, el monstruo se partió en dos. La coloración perdió su intensidad hasta esfumarse totalmente.

—¡Es fantástico! —exclamó Rube a media voz.

Ahora había dos monstruos exactamente iguales, aunque más pequeños que el primitivo. Sin embargo, era fácil prever que no tardarían en alcanzar su verdadero tamaño en poco tiempo.

Dos tentáculos surgieron nuevamente, bamboleándose amenazadoramente a un lado y otro. Por un segundo se tocaron, como si trataran de reconocerse mutuamente, y luego las dos bestias se separaron, marchando en direcciones casi opuestas, con una velocidad mitad de la de un hombre al paso.

—Bien —exclamó Wolf, respirando hondamente—, acabáis de ver nacer un nuevo monstruo. Estoy seguro de que nadie puede decir lo mismo hasta ahora. ¿Qué opinas tú, Arminda?

La muchacha tardó unos segundos en contestar, en tanto observaba las lentas evoluciones del animal.

—Tengo una idea... pero me parece tan fantástica, que casi resulta absurda.

—No será más fantástica que esas bestias —contestó Wolf—. Irina, ¿filmaste todo?

—Te aseguro que va a ser una película sensacional, Wolf. No he perdido un solo detalle desde que Rube le arrojó el ganso. ¡Y es en color!

—Mejor que mejor. Vamos a ver —se dirigió a la otra—, ¿cuál es tu hipótesis?

—Estaba pensando... es un animal muy grande, pero pudiera muy bien tratarse de un ser unicelular. La forma de reproducirse así lo indica, Wolf.

—¡Una sola célula, Arminda! ¡Es...!

—Su forma de reproducirse es característica de todos los seres unicelulares. ¿Qué importa el tamaño, Wolf?

El animal se deslizaba ahora en sentido paralelo a la carretera, a unos veinte metros de la misma.

—Si pudiéramos atraparlo... —murmuró el joven para sí.

De pronto echó a correr hacia el «jeep».

—¡Vigiladlo y no lo perdáis de vista!

Llegó al vehículo y se sentó ante el cuadro de mandos, empezando a manipular frenéticamente en la radio. Cuando, al fin, le hubieron concedido la comunicación, empezó a hablar rápidamente.

CAPÍTULO VIII

E

l «jeep» se detuvo con aparatoso chirriar de frenos frente al lugar donde se hallaban los cuatro jóvenes. Un hombre de uniforme saltó del vehículo.

—¿El señor Wolf Young? —preguntó.

—Yo mismo —contestó el joven, presentando, acto seguido, a sus compañeros.

—Soy el coronel Galiant, del Cuerpo de Ingenieros. Me han enviado para resolver el problema de la captura del animal.

—Me alegro de conocerle, señor. Hace rato ya que le estábamos esperando. ¿Quiere venir con nosotros?

Galiant asintió. Dos soldados con metralletas siguieron al grupo hasta una pequeña vaguada en la que se veía un numeroso pelotón de soldados armados hasta los dientes rodeando el fondo de la misma y a una distancia prudencial del lugar en donde se veía el animal, haciendo ondular perezosamente el tentáculo.

—Ahí lo tiene usted, coronel —dijo Wolf—. ¿Qué le parece?

Galiant hizo un gesto de asco.

—¡Puaf! ¿Y eso se come a una persona?

Wolf sonrió.

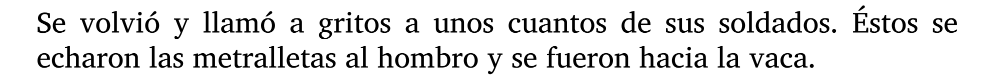
—¿Sólo a una persona? ¡Teniente! —llamó.

Un oficial de paracaidistas acudió. Al ver al coronel, saludó rígidamente.

—A sus órdenes, señor —dijo.

—Teniente —dijo Wolf—, ¿quiere hacerle una demostración al coronel? Hace horas que el animal no ha comido. Veo ahí una vaca sin dueño. Désela usted.

El oficial no pestañeó. Las órdenes que había recibido eran demasiado tajantes para desobedecer cualquier orden de Wolf, por extraña que pudiera parecerle.



Se volvió y llamó a gritos a unos cuantos de sus soldados. Éstos se echaron las metralletas al hombro y se fueron hacia la vaca.

—No le quiten el cencerro —gritó Wolf—. Irina, ¿quieres filmar la escena?

—Mi estómago se va a resentir —se quejó la rusa, disponiendo, no obstante, la cámara.

El espectáculo, en efecto, no tuvo nada de agradable. Los paracaidistas empujaron la vaca, en medio de risas y burlas, hasta dejarla a una distancia prudencial de la bestia. Luego, con palos largos, la azuzaron más todavía.

El tentáculo se distendió de golpe, con una velocidad imposible de seguir con la vista, alargándose como Wolf no había visto aún. La tenaza, que parecía metálica, atrapó la vaca por el morro, a pesar de su resistencia y la arrastró hacia él.

—¡Bueno! —exclamó Galiant, echándose hacia atrás el quepis, cuando todo hubo terminado—. ¡Que me ahorquen si esto no parece cosa de brujería!

—El siglo está a punto de terminar, coronel —sentenció el joven—, y aquí no hay brujas. Bueno —se corrigió, sonriendo—, dos, pero son muy hermosas.

Arminda se sonrojó. Irina le enseñó los dientes.

—No sé cómo tienes aún ganas de broma, Wolf.

Éste se volvió hacia Galiant.

—Bien, coronel, ahí tiene usted a su bestia. ¿Qué sugiere usted para atraparla? Le advierto que la rodeamos con sogas y las rompió con toda facilidad.

—Cables de acero. Una fuerte red...

—Si son gruesos para que no cedan, la malla no podrá ser muy estrecha y sacará el tentáculo, con las consecuencias que son de suponer. Y si son delgados, los hará saltar.

—¡Espere! —exclamó Galiant—. ¡Se me ha ocurrido algo mejor!

Volvió la vista y llamó a uno de sus ayudantes.

—¡Sargento Vergniaud!

El aludido acudió a todo correr.

—¿Mi coronel?

—Vaya al «jeep» y póngase en contacto con el comandante Alphonse. Dígale que efectúe los preparativos necesarios para traer aquí la campana neumática de vidrio que se usó recientemente en St. Nazaire para explorar los cimientos del nuevo muelle. Necesitaremos también... —Galiant sacó un bloc y un lápiz y garrapateó unas cuantas líneas—, todo lo que acabo de escribirle. Prioridad absoluta, ¿estamos?

—Sí, mi coronel.

El sargento dio media vuelta y echó a correr hacia el vehículo. Mientras tanto, Galiant se puso a discutir nuevamente con el joven.

—Ahora —dijo—, nuestro problema es inmovilizar al monstruo.

Wolf sacudió la cabeza.

—No hay nada que lo detenga, excepto, claro está, un cubículo de cemento cerrado por todas partes, que no tendríamos tiempo de construir. El animal es lento, pero en este caso nosotros lo seríamos más aún. No nos queda otro remedio que seguirle a donde vaya y, en todo caso, forzarle si nos es posible, a que no se aleje mucho de la carretera.

—Las balas no le hacen nada, ni el fuego ni las explosiones. ¿Qué podemos hacer entonces, para destruir a estos monstruos que ya están extendiendo el pánico en el mundo? ¿Sabe usted, señor Young, que ya se han registrado desapariciones en Islandia?

Rube silbó por lo bajo.

—¡En Islandia ya! Entonces, nada los detiene.

—Algo habrá —dijo Arminda firmemente—. Cuando hayamos atrapado uno de ellos, lo sabremos. Y entonces podremos combatirlos.

—Confío en que quedemos suficientes para hacerles la guerra —dijo Galiant sombríamente.

Regresó el sargento Vergniaud.

—Transmití sus órdenes, señor.

Galiant miró al animal, que reptaba lentamente por el fondo de la vaguada. De vez en cuando, algún soldado le arrojaba una piedra y le imprecaba duramente.

—Young —dijo el coronel—, he ordenado traer una campana neumática. Es de vidrio reforzado y, para destruirla, se necesitaría un impacto directo de doscientos milímetros. Quiere eso decir que el monstruo no podrá romperla, a menos, naturalmente, que posea las fuerzas de Sansón y, ciertamente, todo tiene sus límites en este mundo. Ahora bien, esa campana puede cerrarse por todas partes, por medio de un telecomando. Una vez que hayamos conseguido atraparlo en la trampa, creo que el resto será fácil.

—Si es un cajón neumático —terció Arminda—, podrá extraerse el aire de su interior.

—Así es, señorita von Friecke.

—Ésa es una posibilidad muy interesante —comentó la muchacha.

Sonaron gritos y volvieron la vista hacia el barranco. Contemplaron estremecidos la partenogénesis del animal que se dividió en dos nuevamente.

—La última vez que lo hizo fue esta mañana —dijo Wolf, con un escalofrío de horror—, hace ocho horas escasas. Si se divide en dos tres veces al día, ¿se imagina usted la cantidad de monstruos que tendremos dentro de poco?

—La Tierra les será pequeña —murmuró el coronel, helado de espanto.

Hubo una pausa de silencio. Después Wolf, reparando en que la noche estaba a punto de caer, llamó al teniente.

—Ordene a sus hombres que enciendan reflectores. No podemos permitirnos el lujo de perder la pista a esa bestia. ¡Ah! Y dígales que vigilen atentamente; la noche es especial para que esos bichos hagan de las suyas y no podemos asegurar que no haya más por las inmediaciones.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, empezaron a llegar los primeros elementos pedidos por el coronel Galiant. El comandante Alphonse en persona venía al frente de todo, una impresionante columna de vehículos de todas clases, algunos de los cuales parecían realmente monstruos antediluvianos.

Palas mecánicas, excavadoras, gigantescos camiones con enormes remolques a la zaga, plantas de fuerza motriz, elementos de transmisiones, una grúa enorme sobre ruedas, capaz de izar cien toneladas con toda facilidad, una completa colección de reflectores de gran potencia, que fue puesta inmediatamente en batería, y numerosos artilugios más, todos los cuales fueron destinados a la lucha contra el monstruo, el cual, en aquel espacio de tiempo, había conseguido desplazarse, después de una nueva reproducción, unos cuarenta kilómetros al norte.

Wolf y sus amigos estaban que se caían de cansancio. Apenas si habían podido descabezar algún sueñecillo durante la noche y por el día habían estado muy ocupados, siguiendo al animal y ayudando a los paracaidistas a no dejarlo se alejara demasiado de la carretera, utilizando toda clase de medios, desde hogueras de ramas a granadas de mano. No le habían hecho daño pero, al menos, habían encauzado su camino y esto, en cierto modo, no dejaba de ser un triunfo.

Además de los ingenieros militares, llegó medio batallón de paracaidistas, a cuyo comandante le dio Wolf la orden de acordonar completamente la zona donde iban a operar, encomendándole igualmente una estricta vigilancia en evitación de más víctimas. El objeto de aquel cordón militar era impedir la presencia de personal civil que, con su curiosidad, pudiera interferir los trabajos.

Pronto estuvieron instalados los reflectores, que convirtieron la noche en día. Varios soldados con lanzallamas fijaron al monstruo, que parecía bastante incómodo al sentir sobre él el chorro de líquido ardiente, sin que el tono de su epidermis pareciera sufrir variación alguna. Mientras tanto, Galiant y Alphonse empezaron a prepararlo todo.

El monstruo se hallaba ahora en unos terrenos recién arados, a unos cien metros del camino, en el que la circulación había sido totalmente interceptada. Un par de vertiplanos del ejército se mantenían en lo alto, vigilando incesantemente la zona y escrutándola sin cesar con sus reflectores, en busca de nuevos monstruos que pudieran surgir inesperadamente, manteniendo un constante enlace radiofónico con las fuerzas de tierra.

La grúa, un pesado mastodonte de metal, avanzó por la carretera unos cuantos metros, muy lentamente, con el fin de que sus operarios pudieran fijarle cadenas metálicas a las ruedas sobre las cuales se había movido hasta ahora. Cuando las orugas estuvieron colocadas, el aguilón suspendió en el aire el enorme cajón neumático que había sido transportado desde St. Nazaire.

Entonces, el pesadísimo armatoste giró a la izquierda. Wolf trepó por la escalera, hasta situarse al lado del operario, armado con una cámara cinematográfica, con el fin de registrar toda la operación y, al mismo tiempo, darle las instrucciones necesarias.

La grúa se deslizó lentamente, aplastando los surcos del arado hacia el lugar donde se hallaba el monstruo. Un ayudante del operador movía los reflectores auxiliares del aparato, según las indicaciones del joven.

Los paracaidistas abrieron sus filas para dejarles paso. La grúa se acercó al monstruo, el cual, como si presintiera algún peligro, movió aceleradamente su tentáculo.

—A la izquierda —dijo el joven—. Un poco más... así... ¡basta! Baje ahora el cajón. Procure situarlo exactamente encima. Haga porque el techo del cajón le doble el tentáculo... cuidado, no tan fuerte; lo queremos vivo y enterito... Un poco más.

—¡Diablos! —gruñó el maquinista—. Fíjese usted; por poco hace saltar el cristal.

El golpe de las tenazas se había sentido claramente en la grúa. El animal había lanzado un fuerte ataque contra el artefacto que descendía claramente sobre él, haciéndolo balancearse alarmantemente. Mas, a pesar de sus fuerzas colosales, el peso del cajón acabó por vencerle.

Cuando los bordes de éste hubieron tocado el suelo, una ola de furia pareció atacar al animal. El cajón venía a medir cuatro metros de lado, en forma cúbica, de modo que le quedaba algo de holgura. Se movió de un lado para otro, buscando frenéticamente una salida, al mismo tiempo que golpeaba con saña las paredes, sin lograr nada positivo.

Un hurra general salió de todos los labios al concluir la hazaña. La alegría y el contento eran generales, porque todo el mundo intuía que aquel primer paso que acababan de dar era decisivo en la lucha contra los monstruos.

Manejando los mecanismos del cajón desde la grúa, el operario consiguió cerrar la pared inferior. Entonces levantó la jaula transparente en el aire unos cuantos metros, de modo que todo el mundo pudiera ver claramente la presa.

Wolf oyó una exclamación a su lado.

—¿Qué sucede?

—Fíjese —le dijo el maquinista, señalándole una esfera del cuadro de mandos—. ¡La báscula conectada registra un peso de dos toneladas y media!

—Una buena bestia, sin duda alguna —comentó el joven, y en aquel momento sintió que le tocaban en el hombro.

—Le llaman abajo, señor —dijo el ayudante.

Miró. Era Arminda.

—Hay que hacer descender la caja a nivel del suelo —gritó la muchacha—. Quiero conectar la bomba de vacío.

—Muy bien —respondió el joven. Se dirigió al operario—. ¿Oyó usted, amigo?

—Sí, señor.

Mientras la jaula descendía, Wolf bajó también. Vio a Irina que, fiel a su papel, no perdía una escena de todo cuanto se hacía, pese a que él también había impresionado la captura de la bestia. Ésta se revolvía de vez en cuando, aunque sus golpes eran menos frecuentes, como si se hubiera convencido de la inutilidad de sus esfuerzos.

Se acercó Galiant. Dijo, satisfecho:

—Bien, hemos de convenir que al cabo de seis semanas, hemos conseguido apuntarnos un tanto.

—Esperemos que no nos devuelvan la pelota. —Se volvió hacia la bióloga— ¿Qué piensas hacer, Arminda?

—Quiero conectar la bomba de vacío y desalojar el aire contenido en la campana neumática. Coronel, ¿quiere disponer lo pertinente?

—Con mucho gusto, señorita. Pero —objetó Galiant—, ¿no correremos el peligro de que el bicho muera?

Ella meneó la cabeza.

—Creo —dijo lentamente—, que ha de necesitarse algo más que la simple falta de aire atmosférico para matarlo. No le perjudicará un poco de vacío y, de paso, haremos una prueba. ¡Hemos de estudiar tanto aún, antes de dar con el arma que pueda eliminarlos totalmente!

Galiant se volvió y habló unos momentos con el comandante Alphonse. Éste asintió y luego empezó a dar órdenes.

Mientras tanto, Wolf y Arminda se acercaron a la jaula, examinando a través de la perfecta transparencia del grueso vidrio el aspecto del singular animal. El único ojo de éste les miraba con maligna expresión.

—No acabo de comprender —dijo el joven

—¿Qué es lo que no comprendes? —preguntó ella, mirándole.

—Si es una célula, ¿por qué tiene esos dos tentáculos?

—Las células vivientes de toda estructura animal también los tienen, Wolf. Infinitamente más pequeños, claro y se llaman seudópodos, falsos pies, pero los tienen.

Dos o tres camiones se acercaron rodando pesadamente por el blando terreno. Los ingenieros empezaron a disponerlo todo para extraer el aire del interior del cajón.

Un par de hombres trepó al techo, contemplado con expectación por todos los presentes. El monstruo notó su presencia y disparó varias veces su tentáculo, hasta convencerse de que aquella barrera transparente era insalvable en absoluto. En principio, los especialistas se asustaron y hasta uno de ellos saltó al suelo, pero luego que se convencieron de que el monstruo no podía causarles daño alguno, reanudaron afanosamente su trabajo.

Empezaron a aspirar el aire por medio de unas potentes bombas instaladas en un gigantesco camión. Entonces ocurrió un extraño fenómeno.

A medida que el aire se enrarecía en el interior de la jaula, el animal disminuía de tamaño. Lo hizo con tanta rapidez como le faltaba el aire, hasta quedar reducido, sin perder no obstante su forma originaria, al tamaño de un balón de fútbol.

Se oyó un murmullo general de asombro, causado por el increíble hecho. Galiant farfulló algo entre dientes.

—Con tal de que no se nos muera.

Arminda iba a dar la orden de insuflar nuevamente el aire, cuando Wolf detuvo su gesto.

Se le había ocurrido algo.

Se volvió hacia la grúa.

—¡Levante el cajón un instante y compruebe el peso!

El maquinista hizo un gesto de asentimiento con la mano. Puso en funcionamiento el motor y el cajón quedó suspendido a unos centímetros del suelo.

La respuesta no se hizo esperar.

—¡Dos toneladas y media, señor!

Wolf y Arminda se miraron con estupor. La segunda, al cabo de unos instantes, exclamó:

—¿Qué densidad tan enorme posee ese animal? En un volumen de varios decímetros cúbicos, hay concentrada una cantidad de materia equivalente a dos mil quinientos kilos. ¿Te das cuenta de ello, Wolf

—Sí —contestó el joven, ceñudo—, me doy cuenta perfectamente. Ahora, devuélvele el aire. En cuanto esté hecho, nos lo llevaremos de aquí.

—Recobra su tamaño —gritó Rube, cuando el aire penetró de nuevo en el cajón.

—Su reducción de volumen debe ser un medio de defensa contra el vacío, lo cual no quiere decir que éste lo mate en absoluto —adujo Arminda. Se volvió hacia Galiant.

—Coronel, ¿quiere dar órdenes de que transporten al animal a donde el señor Young indique?

CAPÍTULO IX

C

arrier miró con sombría expresión el mapa que tenía frente a sí.

Las banderitas rojas punteaban ahora casi la totalidad del globo. Sólo había un continente, hasta ahora libre de la infección: el americano. En todos los demás, abundaban las señales de la presencia de los monstruos.

Tenía una radio en funcionamiento y, a su pesar escuchó el boletín de noticias que estaban transmitiendo.

»—… regiones enteras se han despoblado, debido a los continuos y feroces ataques de los monstruos unicelulares, cuya audacia se ha redoblado en estos últimos días. Hasta hace poco, asaltaban a sus víctimas solamente por la noche. Ahora lo hacen a cualquier hora, seguros de su impunidad física y de que cualquier arma, excepto una bomba atómica es insuficiente para destruirlos…

»… un campesino de las inmediaciones de Munich ha relatado a nuestro enviado especial el encuentro que tuvo con una de esas bestias. Se hizo seguir por la misma, pasando al interior de un almiar de heno y cruzándolo al otro lado. Cuando el animal estaba en su interior, le pegó fuego. La bestia soportó perfectamente el daño…

»… la señora Ethel Darrington, de Darringtonshire, Escocia, ha relatado que se tropezó con una bestia. Estaba preparada para ello y le arrojó su gato favorito al que, previamente, había atiborrado de arsénico en cantidad suficiente para matar a un rebaño de bueyes. La bestia devoró el gato sin molestias estomacales…«

—¡Qué gracioso! —gruñó el general, cerrando el aparato.

Shinley penetró en la estancia. Carrier le miró inquisitivamente.

—¿Qué noticias hay, coronel?

Shinley arrojó el fajo de telegramas sobre la mesa.

—Malas, señor. En Tula y Kaluga han sido avistados ya.

—¡Están cerca de Moscú!

—Justamente. En el Japón hay casi tantos como habitantes, lo cual ya

es decir. Han pasado a Corea, seguramente por el fondo del mar, y suben hacia el norte. Pronto alcanzarán los puertos rusos del Pacífico.

—De aquí a Alaska no hay más que un paso —se estremeció el general.

—Todavía hay más, señor. Esos animales poseen una inteligencia diabólica. Para correr más, se arrojan a los grandes ríos de China, y se deslizan hacia el este con mucha mayor rapidez que por el medio normal. La Liga Oriental informa que la navegación fluvial por el Yang-Tsé acaba de ser suspendida. Varias chalanas fueron atacadas y buena parte de su tripulación exterminada.

—Y nosotros también, dentro de poco, si Dios no lo remedia.

Sonó el zumbador. Shinley levantó la palanquita.

—Diga.

—Informe de la costa oriental de los Estados Unidos. Varios de los monstruos acaban de ser avistados en los puertos de ambos lados de la frontera con el Canadá.

—Gracias —dijo Shinley, cortando la comunicación.

Miró al general. Gruesas gotas de sudor corrían por la frente de éste.

—Ya los tenemos en casa, coronel.

—Ciertamente, señor. ¿Qué le parece que hagamos?

—Que censuren la noticia, momentáneamente. Por ahora puede aguardar unos cuantos días.

—Sí, señor —contestó el coronel e, inclinándose sobre el intercomunicador, transmitió la orden.

Carrier empezó a pasearse, muy nervioso. Se golpeó la palma de la mano con el otro puño.

—Y todavía no sabemos cómo combatirlos. ¿Hay alguna noticia del laboratorio?

—Ninguna, señor —repuso Shinley.

—Llevan ya dos semanas trabajando en ese bicho y lo único que han conseguido averiguar es que se vuelve loco por los corderos de dos

meses. ¿Eh —exclamó Carrier sarcástico—, qué le parece?

Shinley sonrió.

—A mí también me gustan mucho. Sobre todo, asados a fuego lento.

—Sí, es un buen, plato. Pero ahora no estamos aquí para discutir de gastronomía.

Una vez más sonó el zumbador.

—¿Qué nuevo desastre nos anuncia usted ahora? —bramó el general.

El comunicante no varió el impávido tono de su voz.

—Dos monstruos han sido avistados en los suburbios de Nueva York. Los soldados de un cuartel próximo se dirigen a combatirlos. Había unos obreros trabajando en las inmediaciones con una grúa sobre orugas. El maquinista de la grúa se dirigió hacia una de las bestias, haciendo pasar el artefacto por encima. El animal cedió momentáneamente, pero luego recobró su tamaño normal sin que, al parecer, hubiera sufrido daño alguno. Luego sacó el tentáculo y, destrozando la cabina de la grúa, devoró al maquinista.

Carrier cerró el contacto.

—¡Y siempre tienen que ganar ellos! ¿Es que no hay modo alguno de destruirlos? —vociferó, con los nervios destrozados.

* * *

Esto era, precisamente, lo que desde hacía dos semanas trataba de hacer Arminda.

La muchacha estaba pálida y ojerosa, al mismo tiempo que se le habían afilado las facciones, como consecuencia del enorme desgaste moral y físico a que estaba sometida desde que transportaran el animal desde Francia a aquel laboratorio situado en algún lugar de los Estados Unidos.

Dado que era preciso luchar contra unos seres cuyas características se desconocían casi por completo y puesto que ella había sido, prácticamente, el único científico que se había enfrentado con los monstruos, le había sido encomendada la dirección de las investigaciones, poniendo para ello, a su disposición, un soberbio

laboratorio, con reputados biólogos como ayudantes, con el fin de hallar un medio para destruir a tan feroces y prolíficas bestias.

En todo el tiempo que llevaban allí, el animal se había reproducido unas veinticinco veces, proporcionándoles un inmenso trabajo para capturar a los «hijos» y retirar éstos a lugar seguro, de modo que no pudieran atacar. Los recién nacidos, por el momento y salvo el de la seguridad, no constituían grave problema, ya que tardaban una semana en reproducirse. Si lo hubieran hecho con la rapidez que el originario, no hubieran tenido sitio dónde guardarlos.

Aún así, en los últimos días se habían visto obligados a evacuar la mayor parte de los «recién nacidos», encerrándolos en gruesas cajas de vidrio, como la que habían utilizado por primera vez y, después de lastrarlos convenientemente, habían sido lanzados en el centro del Atlántico por un transporte de la marina de guerra. En aquellos momentos, pues, Arminda disponía de una docena de animales con los cuales realizar sus experimentos, pero ella concentraba sus esfuerzos en el primeramente capturado, porque estimaba que tenía una edad superior a los otros y, lógicamente, debía hallarse más desarrollado en todos los sentidos.

La puerta del laboratorio se abrió y Wolf penetró en él. El joven se dirigió hacia la muchacha, tomándole las manos.

—Arminda, me preocupas —dijo, a guisa de saludo—. Tienes muy mala cara. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Imposible, querido. ¿No ves el trabajo que tengo? ¿Cómo lo voy a abandonar ahora, cuando más se me necesita? Estos monstruos proliferan de día en día y su número es, por momentos, cada vez mayor. No hay nada que los destruya. Es decir, de los medios conocidos; pero tenemos que encontrar uno que sirva.

Wolf arrojó una aprensiva mirada al cubo de cristal que había en el centro de la enorme estancia, sobre un pedestal, y en el cual yacía la bestia, con apariencia somnolienta y el tentáculo casi totalmente replegado sobre sí mismo.

Un hombre con bata blanca se acercó. Traía un papel en la mano.

—El resultado del examen microscópico, señorita.

—Gracias, Harris.

—Como verá —siguió el aludido—, no hay nada de nuevo desde el último examen. Las porciones vistas al microscopio no delatan ningún síntoma que pueda darnos la menor pista.

—Sí —dijo ella pensativamente—, dicen lo mismo que supuse yo el primer día: que es una célula. Y una célula que vive, ha de morir a la fuerza. Un día u otro, y por un medio u otro.

—¿Habéis probado algo para matarlo? —inquirió el joven.

Ella soltó una amarga carcajada.

—¿Probar? Dígaselo usted mismo, Harris.

El biólogo sonrió tristemente.

—Desde el soplete oxiacetilénico a las descargas de diez mil voltios, no hemos dejado nada por probar. Se llenó el cajón de agua, hasta una altura prudencial, claro está, y luego se congeló por procedimientos químicos. Lo dejamos así y al cabo de diez minutos, el tipo lo había fundido totalmente. Hemos probado cianuro en dosis suficiente para envenenar a todo Nueva York; gérmenes de todas las enfermedades más rápidas y peligrosas que existen en nuestro planeta; calor, ácidos. Ya no nos falta —concluyó con una risita sarcástica—, más qué contarle chistes políticos de republicanos y demócratas.

Wolf se echó a reír.

—Puede que eso lo matase, en efecto. Los habitantes de otros planetas no están preparados para soportar cierta clase de chascarrillos.

—En serio —dijo Arminda—, nuestra desorientación es terrible. Ahí lo tienes, mirándonos tranquilamente con su único ojo y comiendo cuanto le viene en gana.

—¿Cómo os las arregláis para darle de comer? ¿No saca el tentáculo cuando abrís el cajón?

—Hemos instalado una especie de esclusa, de modo que ahora hay, en realidad, dos puertas. Naturalmente, sólo se abre una cada vez y por control remoto, con lo que no hay posibilidades de que el animal cause el menor daño.

—¿Has probado el vacío otra vez?

Ella asintió:

—Sí; y lo único que hizo fue encogerse. Se diría que hace como ciertos insectos cuando son atacados: replegarse sobre sí mismo para defenderse de una amenaza exterior.

Wolf guardó silencio durante unos momentos. Al cabo, exclamó:

—¿Sabes lo que te digo, Arminda? Pues que ahora mismo vas a dejar todo esto y te vas a tomar dos días de vacaciones. Estamos en pleno verano y con Rube e Irina iremos los cuatro a pasarlo en una playa solitaria donde puedas tomar el sol y entregarte de lleno al descanso. Quizá el no hacer nada te aclare las ideas, pero aún así, al menos dormirás y comerás en abundancia, que es lo que te está haciendo falta. ¿No lo cree usted así, Harris?

El biólogo asintió.

—Tiene usted mucha razón, señor Young. En los últimos días, la señorita apenas si ha dormido.

Ella intentó resistirse.

—Pero, Wolf, tengo mucho trabajo.

—¡Trabajo, un cuerno! Ni una palabra más. ¡Andando! ¡A la playa!

Y después de telefonear a Rube y a Irina para ponerse de acuerdo sobre el lugar donde habían de encontrarse, se la llevó de allí a pesar de sus protestas, dejando a Harris al frente del laboratorio.

Antes de salir miró al monstruo y cerró el ojo derecho.

—Ahora estamos iguales —dijo.

* * *

Carrier miró por diezmillonésima vez el mapa. Ahora había ya banderitas rojas, todavía muy escasas, en la costa oriental de los Estados Unidos. Estaban en torno a los principales puertos, como si los animales rehuyeran las aglomeraciones urbanas.

—Bien —dijo—, ¿y hacia dónde correremos la semana que viene?

—No habrá ningún sitio libre de ellos, señor —contestó el coronel, clavando una banderita en el norte de Groenlandia y luego otra en Leopoldville, capital del antiguo Congo belga.

El sonido del zumbador llenó la estancia.

—Informe —dijo lacónicamente Shinley.

Habló el operador.

—Informe del punto F-45 —el coronel miró el mapa, en tanto escuchaba. F-45 estaba situado, más o menos, en el lugar donde cayera el primer aparato extraterrestre—. Cumpliendo instrucciones, el aviso de la Marina de guerra francesa «Gévrier» exploraba la zona, sirviendo de nodriza al batiscafo «Taurus», cuando éste anunció haber detectado una gran masa metálica que, en su opinión, sólo podía tratarse de la nave caída. Un examen más atento, hecho con focos de gran potencia, confirmó la hipótesis. Por telecomando se manejaron los garfios que, sujetando el aparato, habrían de izarlo a la superficie. Cuando iba a realizarse la operación, se produjo una enorme explosión, que destruyó por completo el «Taurus» con toda su tripulación. La onda explosiva alcanzó la superficie e hizo naufragar al «Gévrier», causándole graves pérdidas en su dotación.

Carrier lanzó un resoplido.

—Esos tipos están decididos a que se les ignore por completo.

Otro operador habló.

—Informe de la defensa civil, señor. Un monstruo ha sido avistado en Latrobe, a cien kilómetros al este de Pittsburg.

—Pues sí que estamos apañados. Hay que ver la manera de correr de esos bichos —gruñó el general.

—Informe del punto S-98, señor.

Los dos hombres miraron al mapa. Era el lugar donde había caído el segundo aparato.

—Una misteriosa explosión, de origen submarino, al parecer, se ha producido al este de la isla de Yeso. Un pesquero japonés que se encontraba operando en las inmediaciones estuvo a punto de naufragar, aunque, afortunadamente, sólo sufrió algunos daños en la obra muerta. Sus tripulantes manifiestan que vieron elevarse a lo alto una columna de agua de más de dos mil metros de altura por medio de anchura.

—¡Buena bomba! —comentó Shinley, impávido.

Llegó otro informe.

—Mensaje de la Liga Oriental, señor. En el Lago Bagrach se ha producido una gran explosión, cuyas causas son completamente desconocidas. Sucedió aproximadamente en el centro y provocó una enorme columna de agua y espuma, de unos dos kilómetros y medio de altura por quinientos o seiscientos de anchura.

Shinley cortó la comunicación.

—Si abrigábamos la esperanza de hallar algún día los vehículos espaciales en que vinieron esas bestias, ya podemos despedirnos de ello.

—¿Bestias? —murmuró pensativo el general—. ¿Está usted seguro de que son bestias? Quizá sean —agregó— seres con una inteligencia infinitamente superior a la nuestra. Al cabo de un año y quince meses, más o menos, sus aparatos han estallado, sin dejar el menor rastro que pueda conducirnos a un mejor estudio de sus características y posibilidades. Y las tres explosiones —dese cuenta de ello, Shinley—, se han producido en momentos simultáneos.

El coronel se sentó junto a la mesa, cogiéndose la cabeza con ambas manos.

—Quisiera no pensar en tener que rendirnos, señor —dijo con desesperado acento.

Carrier soltó una estridente carcajada.

—¿Rendirnos? ¡Ojalá fuera posible! Me sentiría entonces muy satisfecho. Pero esos animalitos no dejan a nadie con vida. Terminarán con todos nosotros, ¿lo entiende?

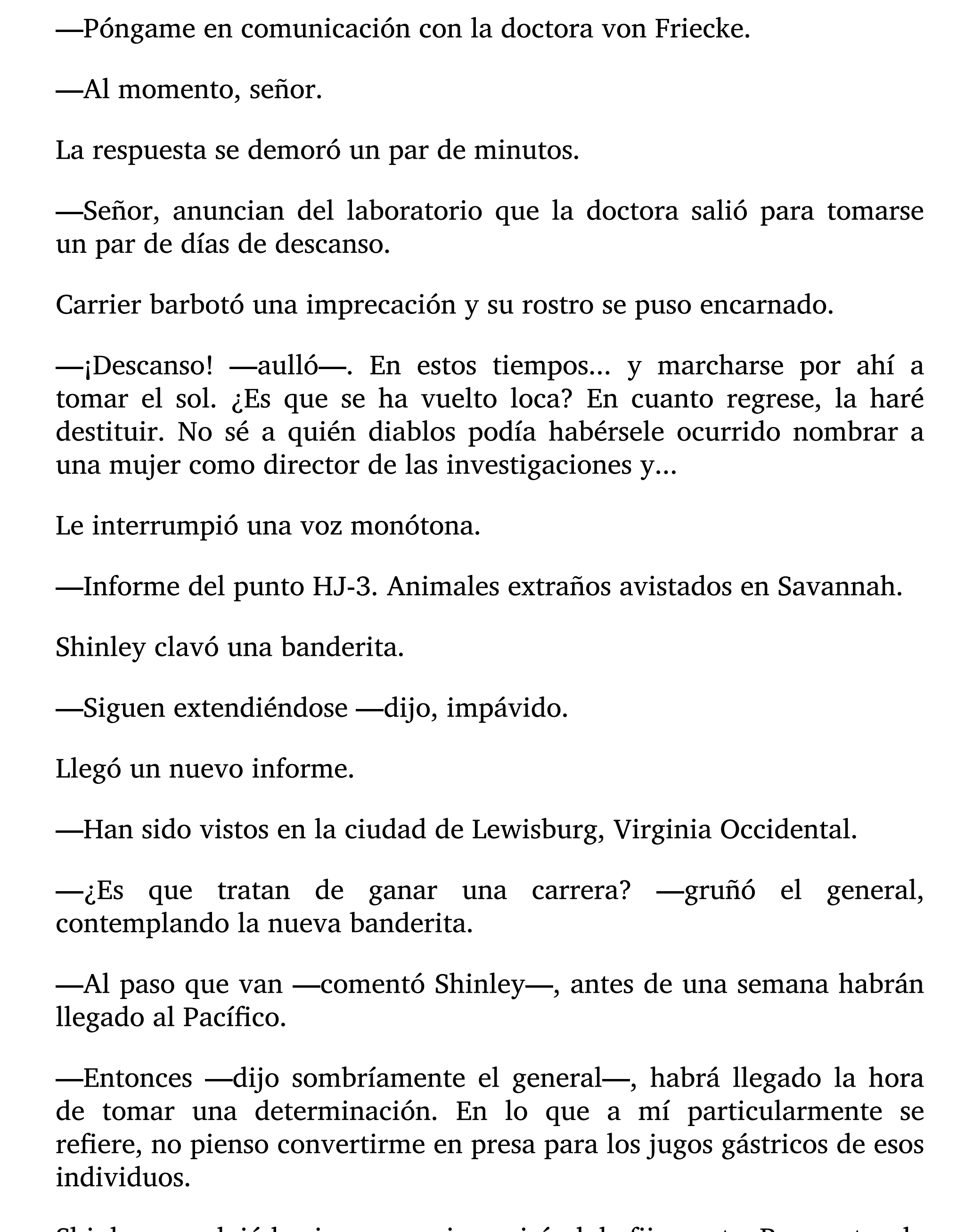
Shinley se puso en pie. Pegó un puñetazo en la mesa, olvidándose de la jerarquía de su superior.

—¡Eso no puede ser! ¡Algún medio debe haber para combatirlos!

—Llame usted a la doctora von Friecke —Carrier señaló con el índice el aparato intercomunicador—. Lo que no le diga ella, no se lo dirá nadie más.

El coronel asintió. Bajó la palanquita de contacto del aparato.

—¿Diga, señor?



—Póngame en comunicación con la doctora von Friecke.

—Al momento, señor.

La respuesta se demoró un par de minutos.

—Señor, anuncian del laboratorio que la doctora salió para tomarse un par de días de descanso.

Carrier barbotó una imprecación y su rostro se puso encarnado.

—¡Descanso! —aulló—. En estos tiempos… y marcharse por ahí a tomar el sol. ¿Es que se ha vuelto loca? En cuanto regrese, la haré destituir. No sé a quién diablos podía habérsele ocurrido nombrar a una mujer como director de las investigaciones y…

Le interrumpió una voz monótona.

—Informe del punto HJ-3. Animales extraños avistados en Savannah.

Shinley clavó una banderita.

—Siguen extendiéndose —dijo, impávido.

Llegó un nuevo informe.

—Han sido vistos en la ciudad de Lewisburg, Virginia Occidental.

—¿Es que tratan de ganar una carrera? —gruñó el general, contemplando la nueva banderita.

—Al paso que van —comentó Shinley—, antes de una semana habrán llegado al Pacífico.

—Entonces —dijo sombríamente el general—, habrá llegado la hora de tomar una determinación. En lo que a mí particularmente se refiere, no pienso convertirme en presa para los jugos gástricos de esos individuos.

Shinley se volvió hacia su superior, mirándole fijamente. Pero antes de que pudiera objetarle nada, sonó el zumbador.

Éste dijo:

—Coronel Shinley al habla.

La voz anunció:

—Señor, la doctora les cita inmediatamente en su laboratorio. Anuncia haber descubierto una fórmula para matar a los animales.

Por un momento, nadie dijo nada.

Luego…

Carrier se desplomó en su asiento, rotos los nervios. Se tapó la cara con las manos y rompió en sollozos convulsivos.

Shinley miró compasivamente a su jefe, encontrando muy lógica su actitud. Después, levantó los ojos hacia arriba y murmuró fervorosamente:

—¡Gracias, Señor, gracias!

Nunca se había sentido más emocionado.

CAPÍTULO X

Los cuatro amigos que, por lo que podía deducirse, pronto serían dos matrimonios, estaban tomando tranquilamente el sol en una pequeña caleta situada al sur del Cabo Romain, en Virginia del Sur. Era una especie de anfiteatro de arena, circundado por rocas que hacían casi imposible fuera visto desde la parte de tierra.

Rube lo conocía de tiempo y por ello les había conducido hasta allí, seguro de que no serían molestados por nadie. Una vez acordado el plan de descanso, habían dispuesto todo lo suficiente, incluyendo dos tiendas de campaña —una para los hombres y otra para las mujeres—, con el fin de pernoctar en ellas y un pequeño refrigerador para mantener frescas las bebidas y los víveres.

Las primeras veinticuatro horas sentaron admirablemente a Arminda, la cual pareció recobrarse de la fatiga de aquellas dos terribles semanas de intenso trabajo. La primera noche durmió de un tirón cerca de catorce horas y ninguno de sus tres amigos la llamó para tomar el desayuno, dejando que se despertase por sí misma.

El segundo día transcurrió lentamente, entre baños de sol y de mar, con frecuentes buceos en aquellas quietas y transparentes aguas, cuyo fondo se podía ver aún en lugares de gran profundidad. Rube había

llevado un par de escafandras autónomas, con las cuales se sumergieron en alguna ocasión para contemplar el maravilloso espectáculo del fondo marino.

Pero esto, a fin de cuentas, representaba un ejercicio, y no se esforzaron mucho en practicarlo. Su interés era descansar, tomar moderadamente el sol y bañarse de vez en cuando. Arminda ni siquiera intentó bucear una sola vez.

Después de las cuatro de la tarde, hubo que pensar en el regreso y las risas y bromas, que hasta entonces habían sido motivo común de sus conversaciones, fueron extinguiéndose paulatinamente. Una sombra oscura cayó sobre los cuatro amigos al pensar que nuevamente tendrían que enfrentarse con aquel enemigo que amenazaba destruir la vida de la Tierra.

Después de un rato de silencio, Rube se puso en pie. Prendió fuego a un cigarrillo y exclamó:

—Bueno, chicos —dijo—, creo que es hora ya...

Su frase quedó cortada en seco.

—Cuidado —dijo en voz baja Wolf—. Tenemos visita.

Rube volvió la vista hacia donde le señalaba su amigo y soltó una exclamación muy poco académica.

Irina se puso en pie, exhalando un gemido de espanto. Arminda la imitó con lentos gestos.

A veinte metros escasos de distancia, serpeando sobre las rocas, cuyos agudos filos no parecían causarle el menor daño, uno de aquellos monstruos reptaba hacia ellos, moviendo amenazadoramente su largo tentáculo de más de media docena de metros, en tanto que con el único ojo, al extremo de un tentáculo mucho más corto, metro y medio cuando más, les miraba perversamente.

—El nene tiene hambre. ¿Quién quiere calmárselo? —rió Rube, pero nadie contestó a su macabra chanza.

—Ese tipo nos va a estropear las tiendas —masculló empezando a recoger cosas, sin dejar de mirar al animal. El coche con el remolque estaba arriba, en terreno llano, fuera de las rocas.

—Vamos, chicas —las urgió—, recoged lo más imprescindible. Luego

ya veremos lo que deja nuestro visitante.

Las dos mujeres empezaron a hacer lo que decía Wolf, sin perder de vista al animal. Rube desarmó una tienda y empezó a echar cosas en la lona, todo revuelto, sin preocuparse en absoluto de ordenar el menor objeto. El pequeño campamento se hallaba en la dirección justa que seguía el monstruo y aunque éste no devoraría nada, bastaría que pasase por encima de las cosas para aplastarlas.

Poco a poco, el animal fue ganando terreno. Pasó a la arena y siguió su camino, haciendo oscilar su tentáculo, de cuya enorme tenaza superior salía un siniestro tableteo.

—¡Vamos, vamos! —les urgió Wolf, llenos los brazos de objetos recogidos apresuradamente.

Irina se inclinó para tomar el pequeño hornillo portátil en el cual habían cocinado aquellos días. El aparato pesaba un poco, más que nada, por el depósito de gas adyacente, y la muchacha se tambaleó bajo el peso.

Caminó dos pasos y, súbitamente, cayó al suelo, lanzando un agudo grito.

—¡Rube!

El joven se volvió y la sangre se le heló en las venas. Wolf y Arminda también miraron, sintiendo que un escalofrío de horror les corría por la espalda.

—¡Irina! —gritó Rube.

Wolf fue el primero en hacer algo. Soltó todo lo que llevaba y corrió en socorro de la muchacha.

Sintió que la frente se le cubría de un helado sudor. La muchacha había metido el pie en una anfractuosidad que había entre dos rocas y que estaba completamente disimulada por unas algas secas que le habían impedido ver la trampa.

Irina forcejeó para librar su pie de la trampa, sin conseguirlo. Rube llegó y tiró, sin ningún resultado práctico.

El monstruo intuyó que tenía una presa a su alcance y pareció acelerar su marcha. Arminda gritó.

—¡Vamos —jadeó Rube—, ten ánimo; te sacaremos de aquí!

Wolf empezó a escarbar la arena frenéticamente, con el fin de poner al descubierto las rocas y separarlas con las manos. Lo consiguió, solamente para descubrir que estaban profundamente hundidas en la arena y que necesitarían una herramienta, quizá un pico y una palanca de hierro, para conseguir su propósito.

En circunstancias normales, el accidente no habría tenido otras consecuencias que un momentáneo retraso. Pero en la situación en que se hallaban, ese retraso podía causar la muerte de Irina.

La bestia estaba cada vez más cerca.

Rube miró desesperado a su amigo.

—¡Tenemos que hacer algo, Wolf! —chilló. Su rostro estaba del color de la ceniza.

—Cualquier cosa, menos perder la calma —dijo el joven serenamente.

Una vez más tiró de la pierna de Irina, sin conseguir nada, excepto arrancarle un grito de dolor.

El animal estaba ya a diez metros de distancia. Dentro de unos momentos, segundos quizá, bajaría su mandíbula y…

Wolf se imaginó a Irina destrozada por aquellas tenazas y luego ingerida sin dejar el menor rastro. La sangre se le heló en las venas con aquel siniestro pensamiento.

Era imposible liberar el pie de la muchacha antes de que el animal les diese alcance. Irina pareció comprenderlo así y les miró con ojos llenos de lágrimas.

—¡No hay nada que hacer ya, amigos! Marchaos; vosotros podéis salvaros.

Rube tuvo de pronto un arranque. Se arrodilló junto a Irina y la estrechó fuertemente contra su pecho.

—No mires —dijo—. Si has de morir, yo no quiero sobrevivirte.

Wolf miró desesperadamente en torno a él. Un arma. Pero ¿qué clase de arma podía detener al monstruo?

Si por lo menos pudiese desviar su marcha… No le importaba

destruirlo; solamente apartarlo de allí.

Rube e Irina seguían fuertemente abrazados.

De pronto, Wolf vio algo que yacía sobre la arena y que, de momento, habían pensado en dejar abandonado.

Era una de las botellas de aire comprimido que habían utilizado para el buceo. Sin pensárselo dos veces, corrió hacia el artefacto.

Tomándolo con ambas manos, lo levantó sobre su cabeza y lo arrojó contra el monstruo con todas sus fuerzas.

El animal recibió el impacto en pleno ojo. Replegó este tentáculo como si le hubiera hecho daño. Luego, curvó el grande, tanteando con la mandíbula hasta hallar el objeto que le había golpeado.

Lo levantó en el aire, balanceándolo un momento. Por un instante, Wolf creyó que el animal le iba a devolver la pelota, arrojándoselo en un contragolpe y se preparó para saltar a un lado.

No ocurrió nada de lo que temía. En lugar de ello, el monstruo cerró las mandíbulas, haciendo estallar la botella. El aire se escapó silbando con terrible fuerza.

Y entonces sucedió lo inesperado.

El tentáculo cayó de golpe, fláccido y sin fuerza alguna. Una horrible convulsión recorrió el cuerpo del animal y luego se quedó absolutamente quieto.

El silencio se hizo en aquel lugar. Wolf miró a la bestia como si no acabase de creer en lo que sucedía.

—¿Lo habré matado? —inquirió en voz baja.

Rube e Irina se atrevieron a mirar por primera vez desde que se abrazaran. El monstruo seguía completamente inmóvil.

Casi de repente, un nauseabundo hedor llegó a su olfato. El largo tentáculo, que había caído completamente estirado sobre la arena, empezó a adquirir una coloración negruzca, que poco a poco se fue propagando al resto del cuerpo.

Wolf se atrevió a acercarse al animal, caminando con precaución.

Arminda le llamó.

—¡Wolf! —pero el joven no hizo caso.

Tocó con el pie el cuerpo de la bestia y un chorro de materia purulenta brotó inmediatamente de aquel punto. El hedor aumentó de manera indescriptible.

Se volvió.

—Está muerto —dijo—, no cabe la menor duda.

Arminda dominó sus náuseas y se acercó también. Arrojó una piedra contra otro lugar del cuerpo inmóvil y un segundo chorro de aquella misma materia empezó a deslizarse hacia abajo.

Los dos jóvenes se miraron.

—¿Cómo ha podido ocurrir este milagro?

Wolf la tomó por los hombros con ambas manos.

—¿Te das cuenta, Arminda? ¡Hemos matado a uno! ¡Lo hemos conseguido!

Ella consiguió sonreír a través de las lágrimas.

—Tendré que telefonear inmediatamente al laboratorio.

—Por supuesto, una vez hayamos liberado a Irina. Pero ¿cómo ha podido ser eso?

Ella se mordió el labio inferior.

—Habíamos conseguido descubrir que su alimento principal, por no decir único, era el oxígeno. Hicimos el vacío en un cajón y el animal se encogió. Lo llenamos luego de nitrógeno, el otro elemento principal del aire, y siguió con el volumen reducido. Luego vaciamos el nitrógeno e insuflamos oxígeno. Recobró su tamaño normal.

—¿Cuánta dosis le disteis de oxígeno?

—La normal, la que hubiera cabido en aquel lugar de haber estado lleno de aire.

—¿Y qué es lo que le sucedió ahora? Rompió la botella de la escafandra, donde el aire está sometido a una presión de ciento cincuenta atmósferas. Naturalmente, hay una proporción de oxígeno infinitamente mayor que la del medio ambiente. Esto no lo pudo

resistir y murió.

—Quizá tengas razón —dijo ella, meditabunda.

—¿Que si la tengo? Oye, tu alimento es… bueno, carne, pescado, vegetales… ¿Qué sucedería si te atiborraras de comida inmoderadamente, o te hicieran atiborrarte? ¡No serías el primer caso de muerte después de una comilona por indigestión! ¿Verdad? Pues esto es lo que le ha pasado a la bestia y… Vámonos cuanto antes; aquí no hay quien pare con semejante hedor.

* * *

Se detuvieron en el primer parador que encontraron en el camino y desde allí, Arminda telefoneó al laboratorio.

—¿Harris? Soy la doctora von Friecke. Escuche… Sí, me encuentro estupendamente. Haga lo que le digo, sin perder tiempo. No, no corte; esperaré hasta que me dé su respuesta… Llene el cajón de oxígeno puro, de modo que haya una presión cuatro o cinco veces la normal… Creo que eso será suficiente… Sí, hemos conseguido matar uno…

Wolf sonrió al escuchar el alarido de júbilo del biólogo, cuyo rostro, visto a través de la placa del visófono, expresaba una alegría inmensa.

—Haga lo mismo con los restantes prisioneros. Pronto, pronto —le urgió la joven.

La respuesta se demoró diez largos minutos, que les parecieron a los cuatro amigos diez siglos. Irina, fatigada, se sentó en una mesa próxima a la cabina. Tenía el pie vendado, pero no quiso ir en busca de un médico hasta que recibieran la respuesta.

Harris se dejó ver y oír de nuevo. En sus ojos se veía el brillo que le daba la victoria obtenida.

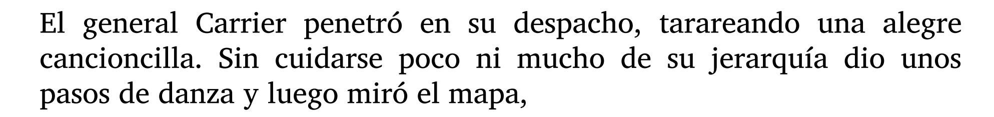
—¡Están muertos! —dijo enfáticamente.

Wolf no pudo resistir el deseo de intervenir.

—Huelen mal, ¿eh?

—Apestan —fue la lacónica respuesta del biólogo.

* * *



El general Carrier penetró en su despacho, tarareando una alegre cancioncilla. Sin cuidarse poco ni mucho de su jerarquía dio unos pasos de danza y luego miró el mapa,

—Está contento, señor —sonrió Shinley.

—¿Contento? Esa palabra es muy pobre para expresar lo que siento. ¿Qué noticias hay, coronel?

—¡Magníficas! Los monstruos están siendo derrotados en toda regla. La gente se ha echado al campo a capturarlos y los está matando por millones. Sencillo, ¿eh?

—Sí. Basta lanzarles a la boca o lo que sea, un globo de cristal con oxígeno a tres atmósferas para fulminarlos. A veces, ni eso; mueren solamente con que el vidrio se rompa a menos de cinco metros de distancia.

—Una magnífica idea la de la doctora von Friecke.

—¿Von Friecke? Oh, no, ahora se llama Young,

—¡Vaya! Se ha casado con el agente.

Carrier miró su reloj.

—Calculo —dijo—, que a estas horas ha pronunciado ya el sí. Me hubiera gustado asistir, pero está invadido todo por fotógrafos y «cameramen». No, señor, no me gustan las aglomeraciones.

—El gobierno le habrá enviado un buen regalo, ¿no?

—Sí. No han tenido que gastarse un céntimo en poner la casa. Se lo merecían, los dos, por supuesto.

Carrier miró el mapa. Las banderitas rojas retrocedían rápidamente.

Sonó el zumbador.

—Informe —dijo la voz del operador.

—Diga —contestó Shinley.

—Nueva York limpio. África del Norte, limpio. La costa mediterránea, casi limpia, excepto algunos focos en torno a las principales ciudades que van reduciéndose rápidamente…

Carrier cortó el contacto.

—No es necesario oír más. Por mi parte tengo bastante. ¿Sabe lo que voy a hacer?

Shinley movió la cabeza.

Carrier tomó un objeto esférico, del tamaño de una pelota de fútbol, metida dentro de una bolsa de lona provista de un ligero acolchado interior. Era una bola de vidrio llena de oxígeno.

—Me voy de vacaciones, Shinley. A la misma playa donde fue muerto el primer monstruo.

—Creo que quieren levantar allí un monumento.

—Entonces —dijo el general, mientras salía dando grandes zancadas —, me daré prisa. Quiero llegar allí antes de que lo hagan los albañiles.

Shinley meneó la cabeza y sonrió.

Sonó el zumbador. Escuchó atentamente y luego, dirigiéndose al mapa, empezó a quitar banderitas por todas partes.

* * *

Wolf y Arminda estaban ya en el coche, dispuestos para emprender su viaje de novios. Ella vestía aún su blanco traje de boda.

Un mensajero se abrió paso con dificultad entre el gentío y les entregó un paquete.

—Para los señores de Young —dijo, desapareciendo en el acto.

—¿Qué será?

—Desenvuélvelo —dijo Wolf.

Ella soltó las cintas que sujetaban el paquete. Quitó el papel y vio que era una caja de cartón, cuadrada, de unos veinte centímetros de lado.

Levantó la tapa y, al instante, soltó un grito de espanto.

Wolf masculló una imprecación, en tanto que daba un respingo en el

asiento. Una cosa larga, elástica, cilíndrica, de color gris, se balanceaba de un lado a otro, surgiendo de un cuerpo del mismo color parecido a una ostra gigante.

Tardó unos momentos en comprender que aquello no era sino una fiel reproducción, en plástico, de los monstruos que tanto sueño les había robado.

Entonces rió jubilosamente y su mujer también lo hizo. Y los que les rodeaban rieron igualmente, en tanto los fotógrafos se despachaban a su gusto.

Rodeó los hombros de Arminda con el brazo e, inclinándose, la besó. Los «flashes» relampaguearon.

Mientras el coche arrancaba, Arminda cogió el juguete. Meneó la cabeza.

—¡Simpático Rube! —dijo.

FIN

[1] Abreviatura de «objeto volador no identificado».